



El Alumno

POR X

~~~~~  
CON LICENCIA ECLESIASTICA  
~~~~~

PAMPLONA

Imp., Lib. y Enc. de T. Bescansa, Mercaderes 25

1909

6604



A las Escuelas católicas de Adultos

EL ALUMNO

I

EL ALUMNO eres tú, buen obrero. Tú, que como todos los hombres, tanto y tanto tienes y tenemos que aprender en la escuela de esta vida. En esta escuela que á todos se nos abre al primer abrir de nuestros ojos, y que no se cierra para nosotros hasta que nuestros ojos queden cerrados por la muerte.

Tan pronto como el hombre se dá razón de su existencia, y al observar los seres que le rodean, comienza la série de preguntas, que no terminan hasta que los acentos de la voz humana enmudecen con el silencio de la tumba.

¿Qué es esto?—¿Para qué sirve eso?—¿Cómo se hace aquello?

Así comienza y así va siguiendo, hasta que la guadaña de la muerte corta su continuidad, esa serie de preguntas que revelan y atestiguan el principio natural de la necesidad de la instrucción y educación adecuadas á la naturaleza y al fin del hombre.

¿Cuándo llegaremos á conocer la respuesta última respecto de la esencia de todos los seres?

Mientras estemos en esta vida mortal, nunca. Porque nuestras facultades son limitadas—á cada paso están tocando sus fronteras—y por lo tanto no pueden abarcar la ciencia infinita. Luego siempre estaremos preguntando y siempre aprendiendo; luego siempre seremos alumnos en la escuela de esta vida.

Entre las incesantes voces de incontables preguntas, están resonando siempre en el fondo del ser humano, con voces imponentes de apremiante empeño, estas preguntas profundas y eter-



nas, que en primer término importa aprender á contestarlas bien, para arribar felizmente la naturaleza humana al fin para que ha sido creada.

¿Quién eres?—¿De dónde vienes?—¿A dónde vas?—¿Cómo debes andar los pasos de tu camino?

II

¿Quién eres?

Para aprender á contestar bien á esta pregunta, pudiera comenzar el hombre por ir preguntando á todos los seres del mundo visible:—¿quién soy?

Y las contestaciones de todos le pondrían en buen camino para contestar á su vez.

Porque todos, todos los seres del mundo visible le irían respondiendo:—tú eres como nuestro rey; en tí se compendian en asombrosa armonía, y en grado muy superior, las aptitudes, los dones, la belleza, la valía que, en singular modo, cada uno de nosotros en sí tiene. Y sobre tus admirables dotes de hermosura y valía, en tu frente brilla una diadema real, que fulgura rayos de luz más espléndida y alta que la que alumbra la tierra: es tu inteligencia; y tus manos empuñan un cetro real de más grande y noble poder que todos nuestros poderes aunados: es tu voluntad.

Eres como nuestro rey en este mundo; tu fin es indeciblemente más alto que el nuestro; porque es tu fin digno de tu alta realeza.

.

Y el hombre, contemplando las aptitudes externas de su ser en comparación con las de todos los otros seres de este mundo visible, convencido afirma: así es.

Y agranda en grado sublime esa afirmación al contemplar embelesado que sus ojos huyen de las tinieblas, y traspasando el relumbrar de los astros, buscan otra luz más intensa y más fija que les satisfaga; y que su frente, huyendo del vacío, busca anchuras más inmensas que el horizonte en que se espacia; y que su pecho ansía aspirar auras de vida de dicha sin fin.

Y entonces, exaltado en sublime grandeza, exclama: yo soy más que un cuerpo; en mí hay otro ser infinitamente más elevado y más noble que todos los seres del mundo visible: en mí hay más que componentes de materias, que caminan á la descomposición; en mí siento la vida de un espíritu, que no puede descomponerse como la materia, porque es inmaterial, y que aspira á vida de placidez y ventura sin fin, cuando salga de las prisiones de su cuerpo.

Yo tengo un cuerpo el más noble y hermoso de todos los seres del mundo visible.

Yo tengo un alma, que sobre la tierra se remonta buscando descanso eterno y eterna luz.

Yo soy como rey del mundo visible, que aspira á un trono incomparablemente mejor en alturas de gloria.

Yo soy el hombre racional.

III

¿De dónde vienes?

Pero ¿yo he venido?

Aquí estoy, pero no es porque haya venido por virtud propia; es que me han traído.

Es que yo no tengo ni fuerzas, ni dotes para haber venido por mí mismo, para haberme criado á mí mismo; porque yo no soy superior á mí mismo, y porque yo con evidencia invencible reconozco que soy una criatura, y que no hay criatura sin criador; como no hay obra sin operario, ni hay efecto sin causa.

¿Cuál es el Criador, el Obrador, la Causa primera, que me dió el ser?

Todas las criaturas de la creación contestarán:—ninguna de nosotras; ni una, ni otra, ni todas juntas; porque criaturas también somos, y debemos nuestro ser al Supremo Criador, á la Causa Primera.

Luego hay un Supremo Criador, como así lo publican todas las criaturas, y las leyes y el ordenamiento de cada una para su fin propio, y la armonía de las leyes y del ordenamiento de todas para el fin supremo.

Y ese Creador Supremo tiene que ser la Causa Primera, el Ser Supremo de perfección infinita, (porque si hubiera otro más perfecto, éste sería el Ser Supremo) y este Ser Supremo, de infinita perfección, es Dios.

Luego de Dios viene el hombre, porque Dios, Supremo Autor de la Creación, creó al hombre.

¡Grandioso hasta lo incontable es el origen del hombre!

Obra admirabilísima de las manos de Dios, de Dios viene.

IV

¿A dónde vas?

.....
¡Desgraciado hijo! Por su culpa, va arrojado de la casa del mejor de los padres; y va castigado á penosísimo destierro para poder volver á la paterna casa.

El dolor va surcando de hondas arrugas su frente; y la tristeza va brotando en raudales por las lágrimas de sus ojos.

Más que lo que sufre por las penalidades de su destierro, sufre por la ausencia de los seres queridos de su alma.

Y por eso sus penas no gritan quejas, sino dicen ansias de amor: *quiero ir á mi padre; quiero ir á mi patria.*

Y cuando en su penoso camino encuentra algún oasis, en que pueda descansar y expansionarse su ánimo con la hermosura concertada de brisas, plantas, aves y fuentes, no, no—exclama—no quiero reposos ni expansiones que me puedan perder ni detener en mi camino hácia mi padre, hácia mi patria; porque el fin de mi aspiración está allí; porque allí está el ansiado reposo de mi corazón.

Y así va adelante..... adelante....., porque así le obliga el castigo; pero su cabeza se vuelve siempre, siempre hácia atrás..... hácia su patria..... hácia su padre.....

.

Había terminado Dios la creación criando la criatura más noble de las que habian de habitar en el mundo visible, constituyéndola como rey de todas ellas.

Esa criatura es un admirabilísimo compuesto de un cuerpo, que en sí viene como á reunir todas las maravillas de todos los otros seres del mundo visible, levantándose noble y majestuoso sobre todos ellos hácia el alto firmamento, y de una alma inmortal, en la que Dios puso la luz de la inteligencia, que relumbra como un destello de la sabiduría Divina; el poder de la voluntad, como una ráfaga del infinito Poder, y el sentir del corazón, como un hogar para allí encender fuego con centellas de la Caridad.

Y esa alma se extiende y actúa en espacios de dos mundos; en el mundo de los seres visibles, y en el mundo de los espíritus. Emplea los sentidos del cuerpo para la observación de las cosas exteriores; emplea la inteligencia para comunicarse con sus semejantes, para conocer la razón de cuanto observa, y sobre todo la causa fundamental, que es Dios; y es fin nobilísimo de su voluntad cumplir la ley régia ó principal de la Caridad—*amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos*—; ley esta, en la cual viene á estar encerrada toda la ordenación divina con relación al hombre.

Anegado en inmenso agradecimiento, y en santo temor de Dios, por el ansia de corresponder, cual se debe, al beneficio imponderable de su creación, contemple el hombre, absorto en amor á Dios, su retrato en los rasgos inspirados de la Sagrada Escritura, cuando dice: *Crió pues Dios al hombre á imagen suya:* (Génesis I 27).

De una costilla del hombre, formó Dios la primera mujer; criatura semejante al hombre, y que al hombre dió por compañera.

Y así quedó constituida por el mismo Dios la primera sociedad sobre la tierra: la sociedad conyugal de nuestros primeros padres.

Puso Dios á Adán y á Eva en un lugar amenísimo, de espléndida luz, de purísimo ambiente, de caudalosos rios de corrientes diáfanas, de plantas sobremanera hermosas y de frutos de célico sabor; y entre ellas el árbol de la vida, cuyo fruto había de evitar con su alimento la muerte corporal del hombre; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, en respetar el cual, no comiendo de sus frutos, había de consistir la prueba de sumisión y acatamiento del hombre á Dios.

Aquel lugar era el Paraiso terrenal; encantadora cuna en la que el amorosísimo Padre Celestial puso á sus hijos Adán y Eva (que habian de ser como el tronco de la especie humana, cuyas ramas habian de ir cubriendo toda la tierra) para que allí viviesen felices y dichosos entre aquellas tan venturosas magnificencias de la creación visible, hasta ser trasladados sin muerte á los cielos.

Y era también el Paraiso terrenal como trono esplendente de gracia y de belleza, en donde Dios puso al hombre, hechura de sus manos divinas y de su divino soplo, como á rey de todos los otros seres de la tierra, hasta remontarlo á otro trono más encumbrado en los cielos.

Y aquel Paraiso terrenal es como altar santo en donde, bajo la enramada del árbol de la ciencia del bien y del mal y sobre el ara de la obediencia, debe rendir el hombre, con sincero corazón y amorosa gratitud, su inteligencia á la mente divina y su voluntad al divino mandato; cumpliendo siempre, sin duda alguna y con resolución entera, el precepto de acatar y amar á Dios sobre todas las cosas, absteniéndose y huyendo de gustar aquella fruta prohibida de tan funestos jugos de muerte.

Y fué también aquel Paraiso terrenal como escuela primera y tan veneranda de la vida humana; en donde el discípulo es el hombre, que acababa de salir de las manos de Dios dotado de dones naturales y sobrenaturales, perfecto en orden á su fin, y donde el Maestro es el mismo Dios que, como Padre el más amorosísimo y providente, quiere iluminar también con su divina palabra los dones, con que ha dotado al hombre, y le dice y le explica los alimentos, que ha de usar para la vida corporal, y la ley que ha de cumplir para conservar la vida de la gracia; y así lo instruye y educa, dictando, como celadora del cumplimiento de la educación, aquella terrible pena consignada en aquella ley: *Mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas:*

porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.
(Génesis II 17).

.
El primer hombre, dotado por Dios de dones naturales y sobrenaturales, perfectísimo en orden á su fin, recibe también instrucción y educación orales del mismo Dios, que lo crió á su imagen y semejanza.

¡Si serán necesarias la buena instrucción y la buena educación para todos los hombres!

Ejemplo fundamental; apréndanlo bien y ténganlo siempre en buena cuenta para su aprovechamiento los que deben instruirse y educarse, y los que deben instruir y educar; todos los hombres.

*
* *

Dichosos días aquellos cuando era el mundo como región venturosísima lindante al Cielo.

¡Felices nuestros primeros padres, si conservando la justicia original y la gracia santificante, no sólo á costa de aquella tan pequeña privación, que Dios les había impuesto como prueba de sus tan debidas sumisión, reverencia y gratitud, sino aun á costa de los más heróicos sacrificios, hubiesen evitado á sí mismos y á sus descendientes desgracias tan tremendas!

.
Hubo un momento en que en el alto Cielo ocurrió un suceso tan imponente como terrible. Un momento de guerra al mismo Dios por algunas de las criaturas que El había criado.

Había criado Dios unos seres de condición muy excelsa; unos espíritus puros dotados de una muy elevada y sublime inteligencia para conocer á Dios en sus obras; de una voluntad inclinada al divino amor, y de una especialísima virtud para cumplir la voluntad de su Criador: los ángeles.

Dotóles también Dios de la gracia santificante, la cual perderían, ó en ella serían confirmados, según fuere la resolución de su voluntad en la prueba decisiva de rendimiento y sumisión á la voluntad divina.

Y la prueba fué en aquel terrible momento de guerra á Dios en el mismo Cielo.

La más atroz y nefanda ingratitud estalla en la ensoberbecida voluntad del angel Lúzbel; secúndanle otros ángeles por la soberbia pervertidos, contra todos los rebeldes malditos lucha el angel Miguel capitaneando á todos los ángeles fieles, que asistidos del invencible poder del Dios de los Ejércitos, á los rebeldes derrotan, arrojándolos del Cielo y hundiéndolos en los abismos de los in-

fiernos. Así cayeron los ángeles protervos en los antros más espantosos del fuego de voracidad é intensión sin fin abrasadoras; pero que no consumen, pues el castigo será de duración sin fin, porque la ofensa, relativamente á Dios á quien fué inferida, es de gravedad infinita, porque Dios es infinito.

Y sobre el horrible sufrir de aquel fuego eterno sufren los ángeles caidos, los demonios, el no menos terrible tormento, que en su penetrante y sutil inteligencia les atiza con incesante y rabiosa desesperación el recuerdo del bien infinito que perdieron, su imposibilidad absoluta para recobrarlo, y la evidencia, que están sus desencajados ojos sin cesar viendo al siniestro foguear de las llamas del infierno, de que su perdición es eterna y de torturas de la más lacerante y honda exasperación.

.

Envidia y odio hirvientes, como ascuas impregnadas en las lágrimas de la hiel de la infernal desesperación, agrandan el suplicio de los demonios al conocer la dicha y ventura de nuestros primeros padres en el Paraiso terrenal, y su fin para reinar en los cielos en tronos de gloria y felicidad, que ellos perdieron para siempre.

No pudiendo Satanás en su rabiosa desesperación retorcer ni una tilde de los fallos de la justicia de Dios, maquina y emprende la perdición del hombre; se esconde entre las escamas lucientes y ondulantes de la serpiente, y atrayendo la atención de Eva, le pregunta el motivo por el cual Dios les ha prohibido comer la fruta del árbol, que está en el centro del Paraiso.

—Porque nos ha dicho Dios que si comemos de esa fruta moriremos.

—No morireis (dice la serpiente), sino que si comeis de ella, se abrirán vuestros ojos; sereis como Dioses, y sabreis la ciencia del bien y del mal.

Terrible tentación para la vanidad de la pobre Eva ¡ser como Dioses!

Aquella fruta del árbol prohibido le parece hermosísima; se deja llevar del funesto apetito de la maldita soberbia; ¡ser como Dioses!..... y alarga su mano..... y coge la fruta prohibida..... y..... ¡come de ella!..... ¡insensatez maldita! desgraciada!..... y alarga la fruta prohibida al pobre Adán, instándole á que coma también de ella..... y el desgraciadísimo cae también en la satánica tentación, y..... ¡come también de aquella fruta!.....

Y entonces se abrieron sus ojos á la ciencia de mal, y vieron su espantosa prevaricación.

Así cayó por miserable debilidad, el desgraciadísimo hombre

en el horrendo pecado de soberbia, de desobediencia y de ingratitude contra Dios.

Y cuando los infiernos retemblaban con horribles alaridos del triunfo demoniaco por la caída del hombre, el mísero hombre, temblando de vergüenza y de espanto por su crimen de culpa horrenda oía como en ansias agónicas de durísima muerte la fulminación de la sentencia de su Criador.

Perdieron por su pecado nuestros primeros padres todos los dones sobrenaturales de gracia con que Dios los había enriquecido tan espléndidamente, cayendo sus almas en el cautiverio de Satanás y en la guerra terrible, ruda é incesante, que los enemigos de la pobre alma rompieron y mantienen con feroz coraje de guerra á muerte eterna.

Y como la tierra había sido criada para morada del hombre, á la tierra alcanzó también el justo castigo al hombre impuesto.

Aquel Paraiso terrenal, mansión hermosísima de dicha y ventura, ya no es la patria del hombre; quien arrojado, por su rebelión, de aquel lugar de delicias, entra llorando en este destierro y valle de lágrimas, donde la tierra le rodeará de abrojos y espinas, que arrancarán de su rostro sudor amargo para con él amasar el pan de su alimento.

¡Triste estado el del hombre caído!

Por su soberbia perdió la gracia especial de Dios que le hacía invencible contra los enemigos de su alma.

Por su desobediencia, contra él se rebeló la tierra con sus abrojos y espinas.

¿A dónde vas, hombre desgraciado?

Va á peregrinar por trabajosísimo destierro.

Pero feliz, imponderablemente feliz él, aun en medio de su inmensa desgracia.

Porque Dios misericordiosísimo, aunando á su justicia infinita su infinita misericordia, promete al hombre el Redentor Divino, que con su sangre de precio infinito pagará la culpa original de gravedad infinita, que el hombre no podía pagar.

Porque Dios misericordiosísimo le dejó al hombre en el alma el sello de su origen divino con la tendencia á su último fin, hacia Dios; porque hacia Dios lo llevan la tendencia de su inteligencia hacia la Verdad, la de su voluntad hacia el Bien y la de su corazón á la felicidad inacabable por el amor perfecto.

Y Dios es la Verdad Eterna, el Bien Supremo y la Caridad infinita; y en estos tres términos que se funden en el mismo supremo fin, que es Dios, está el reposo eterno en la eterna felicidad; y por lo tanto sólo en la posesión de Dios puede el hombre en-

contrar el término feliz de las tendencias de sus facultades, y de su aspiración incesante á la felicidad sin fin.

Y por eso el hombre, que salió de las manos de Dios, y que lleva su alma impulsada por esas tendencias y aspiración, va hacia Dios cumpliendo su fin; que es dar gloria á Dios observando sus santas leyes; y así caminar hácia la felicidad eterna, que solo en la posesión de Dios puede encontrar.

V

¿Cómo debes andar los pasos de tu camino?

Caminando siempre derechamente por la senda que al hombre traza la ciencia del bien, sin jamás dejarse arrastrar al camino de la ciencia del mal.

Pero caminar siempre por esa senda de la ciencia del bien, ya no será como el tranquilo y deleitoso caminar por los bellísimos valles y collados del Paraiso terrenal, en donde el hombre había de morar en venturosísima paz, encontrando delicias incontables en los ejercicios gratísimos para cuidar y cultivar los vergeles paradisiacos.

Cayó el hombre; por su culpa fué arrojado del Paraiso al destierro; y en este destierro ha de caminar entre abrojos y espinas pagando siempre, en cuanto él puede pagar, la pena de su culpa, pena incesante, intimada por Dios al hombre en la ley del trabajo expiatorio.

Cayó al golpe desolador del pecado el muro inespugnable de la gracia santificante, que tenía al alma del hombre á cubierto de sus enemigos; y los enemigos, derribado ese muro, rompieron y mantienen con feroces acometidas guerra sin tregua á eterna muerte contra la pobre alma. Y por eso la pobre alma para andar derechamente su camino hacia su último fin, tiene que ir luchando sin tregua ni descanso contra sus irreconciliables enemigos en guerra trabajosísima; porque las asechanzas de estos son siempre arteras, ya con halagos ya con temores, y siempre terribles en sus intentos de perdición eterna, y siempre asaltadoras de la paz del alma.

Perdió el hombre con su culpa la joya tan preciosa de su corona de rey de la Creación visible: perdió la justicia original, y con ella perdió también el rendido y apacible acatamiento de las otras criaturas de este mundo.

Quedó al hombre el título y la categoría de rey, pero tendrá su reino como en feudo fatigosísimo, porque la pena de su pecado alcanzó también á su morada, á la tierra; y la tierra le rodeará de

abrojos y de espinas; y los animales ya no irán como en el Paraíso, á rendirse dóciles á sus plantas; y el huracán y el trueno y el rayo harán retemblar de estremecimiento su pobre albergue; y toda la creación visible parece como que le está diciendo al hombre desde que prevaricó: eres nuestro rey, pero tenemos mandato justiciero para castigar también con nuestra rebelión tu pecado de rebelión contra Dios; nos dominarás, pero será con tu trabajo de incesante fatiga y sudoroso.



¡Pasmosísima y adorable sin medida la Providencia de Dios!

Esa ley del trabajo incesante y fatigoso, impuesta al hombre por su culpa original, es á la vez una ley de vida, que Dios al hombre regala.

Porque el ordenado trabajo del cuerpo da gloria á Dios mostrando las maravillas que la creación encierra, y á la vez fecundizado por el sudor de la frente, atiende al sostenimiento de la vida de los cuerpos sobre la tierra.

Y el ordenado trabajo del alma lucha contra los errores y las tinieblas, que en la inteligencia levantó la rebelión del hombre contra Dios. Y así luchando y venciendo, consigue para su inteligencia el alimento de vida, que es la verdad; y luchando y venciendo con su voluntad la rebelión de las pasiones y las mortíferas asechanzas y guerras del mundo y del demonio, consigue para su corazón los alimentos de vida: el bien, la virtud.

Y así, entre el sublime cantar de las armonías de la Creación, suena el trabajo como un grandioso himno de amor, de reconocimiento, de heroísmo, escrito con las hermosísimas lágrimas de la contrición, y del arrobamiento de la caridad, que canta las glorias de Dios omnipotente y misericordioso, los triunfos de la vida ordenada y bienandante en el tiempo, y las esperanzas del alma para alcanzar vida feliz en la eternidad.

¡Qué grandeza la del hombre de buena voluntad, cuando le envuelven esas que parecen humillaciones, y son aureolas del buen trabajo!

¡Cuán esplendorosamente brillan entonces el cetro y la corona del rey del mundo visible: del hombre!

Miradlo; vedlo ahí, en el templo, postrado ante Dios, rindiendo el más acendrado pléito homenaje como rey feudatario al Rey de los reyes.

Su alma sincera es la que habla; se humilla ante su Criador, y en trasportes del más leal agradecimiento reconoce que á El le

debe cuanto es y cuanto vale; duélese, con lágrimas que brotan de la más ferviente contrición, de la abominable y perversa ingratitude y malicia de las ofensas inferidas por la miserable criatura á la Majestad infinita del Criador.

Ruega á su Rey Supremo le conceda las más heróicas fuerzas para luchar en incesante trabajo por la gloria universal del mismo Dios y Señor, y por la salvación de su alma y de todas las almas; y en cambio de tan santo trabajo ofrece resuelto su sangre, su vida.

Mirad á ese hombre rey; en la augusta placidez de su frente, en la majestuosa serenidad de sus ojos está diciendo que lucha, que trabaja con denuedo y con heroísmo constante contra los enemigos de su alma, y que los vence.

Parece que el flamear de las candelas del altar iluminan con rayos celestes su semblante, y que las nubes del incienso lo van elevando hasta las gradas del trono de Dios.

¡Qué hermoso, qué admirable, qué sublime es el buen trabajo del alma!

Ahora mirad al buen obrero, que viene de la lucha del trabajo corporal; viene del campo, del taller, de la fábrica; de trabajar en su profesión ú oficio. En su frente, sombreada por fuerte tono de sudor, y en sus manos entumecidas por la intensión del ejercicio, trae marcadísimas señales de que ha sido recia y larga la lucha de su trabajo para alcanzar la producción.

Pero en sus ojos brilla la tranquilidad del justo, que cumplió la ley, y la alegría del buen héroe triunfador.

Por su triunfo va á recibir una corona tejida de amor, de agradecimiento y de gloria; y esa corona la va á recibir en el santuario de su hogar. A su puerta le reciben, cantándole la bienvenida, unos ángeles; son los niños de su casa, que le saludan abrazándose sonrientes á sus rodillas, y esperando, con regocijo de inocencia infantil, caigan sobre sus lindas cabezas las caricias de aquellas manos tan ennoblecidas por el trabajo.

La cariñosa mirada y la voz cariñosa de sus ancianos padres, de su esposa, de sus hijos reaniman sobremanera aquellas fuerzas tan abrumadas por el cansancio.

Al resplandor de las vivas llamas del fuego de su hogar vé los alimentos que se preparan para la subsistencia de la familia. Entonces una conmovedora impresión de satisfacción indecible inunda su alma. Aquellos alimentos son el fruto de su trabajo; aquellos alimentos los ha traído él, como ministro fiel de la Divina Providencia.

Admira la sabiduría y bondad infinitas de Dios al dictar al hombre la ley del trabajo; ley de vida ordenada para el cuerpo,

por el ejercicio ordenado de las fuerzas corporales y por los productos que rinde para su mantenimiento; y ley de vida ordenada para el alma, para conseguir para el alma los alimentos necesarios de verdad, de bien y de virtud.

Ante cuadro tan soberano de vida venturosa, ante las arrobadoras consideraciones, que él inspira y regala, se queda como extasiado el buen obrero, y sólo se dá cuenta de que en su corazón está gritando su alma cristiana ¡Bendito sea Dios!..... ¡Bendita sea la ley santa del trabajo!

.

Bienaventurado el que se afana en cumplir con amor y fidelidad la ley santa del trabajo.

Infeliz, desgraciado el que no trabaja; porque la mísera holganza enervará sus fuerzas con languidez morbosa, y matará su alma con el pecado; porque la ociosidad—dice el proverbio—es madre de todos los vicios.

Y aún más infeliz y desgraciado el que trabaja desordenadamente contra la ley santa del trabajo, porque agravará su pecado con la terrible gravedad del escándalo.

VI

¿Y cómo andaremos con derechos pasos por el destierro de esta vida para llegar felizmente á nuestro último fin?

.

Tenía que hacer un hombre un viaje largo y difícil; y según hiciese bien ó mal su viaje, de ello dependía ó alcanzar un trono, en donde reinase feliz y dichosamente, ó caer en manos de feroces salvajes, que lo tuviesen en la mayor miseria y en los más crueles tormentos en perpetua esclavitud.

Y este hombre, que era muy prudente, se dedicó con decidido empeño é incesante actividad á aprender bien el camino, que tenía que andar; y para ello, preguntaba á las personas prácticas y sensatas, y leía escritos que explicaban el viaje detalladamente, describiendo el camino, los obstáculos que en él se encuentran; los enemigos asaltadores de los caminantes, y el modo seguro de librarse de ellos; las provisiones necesarias para el viaje; lo necesario que es seguir al mejor guía; y por fin la decidida resolución de morir luchando para seguir bien su camino, antes que abandonarlo; pues de no hacerlo así, se perdía una felicidad sin fin, y caía en perdición irremediable.

¿Y qué hizo este hombre prudente? Pues caminar siempre,

siempre en su viaje según y conforme había aprendido en tan sanas y provechosas enseñanzas.

Y así trabajó y caminó este hombre prudente, y así consiguió sentarse en el trono, que se le tenía prometido, si andaba bien su camino.

.

Queridos obreros ¿no os parece que sería rematadamente insensato quien no anduviese su camino con la prudencia con que este hombre prudente lo anduvo?

Sin duda alguna que sí.

*
**

Para bien andar nuestro camino, para así poder llegar bien á nuestro último fin, el Supremo Creador nos dió un ser dotado de los medios conducentes para ello.

Dotó á nuestra alma de las facultades de pensar, de querer y de sentir; y dotó á nuestro cuerpo de las aptitudes y fuerzas adecuadas á su fin.

Al perder el hombre en su primera caída los dones sobrenaturales de gracia divina, dejóle el Criador como una centella de luz natural, que envuelta quedó en las tan tristes miserias y sombras que al hombre prevaricador le acarreó su soberbia y su desobediencia contra Dios.

Esa pequeña centella de luz es la razón natural, que para que brille con toda la intensidad posible en esta vida, hay que sacarla de aquellas sombras y miserias y alimentar y agrandar en lo posible su viveza en el foco mismo de la luz increada, de donde procede: en Dios, que fué quién la creó. Es decir que hay que instruir esa razón natural, y que consiguientemente hay que educar la voluntad, según las leyes y doctrina dictadas y enseñadas por Dios, su Criador y Señor, y por la Santa Iglesia Católica, que es la depositaria de esas Divinas doctrina y leyes.

Así, y solamente así, podrá el hombre andar con pasos ciertos y seguros su camino hácia su último fin.

Desgraciado el que lo niegue y lo contraríe, traicionando el grito de la conciencia, que á todos, y á cada paso, está gritando que el hombre es un ser limitado, que no está en su mano cambiar las leyes impuestas á la creación (pruebe á ver si dá á sus orejas el movimiento que pueda dar á sus manos) y que el hombre ó de voluntad ha de reconocer, acatar y cumplir la ordenación divina, ó de necesidad ha de caer en las manos de la justicia eterna, que le exigirá la más estrecha cuenta hasta del último de sus más ocul-

tos pensamientos ¡que será de las palabras y obras, que hayan llegado hasta ser piedra de escándalo!

Indeciblemente necio sería quien pretendiese negar estas verdades que la razón natural nos dicta, y la Religión nos confirma y explana con luz esplendorosa.

Aún el mismo desgraciado, que negase estas verdades, vendría á dar pruebas clarísimas de ellas.

Si á ese desgraciado lo injurian, lo roban, lo maltratan, oid, oid las quejas y gritos terribles contra los que tal hicieran; oidle gritar: esto clama justicia, y un castigo duro y un escarmiento ejemplar.....

¡Desgraciado! ¿De qué te quejas? Si niegas á Dios, Supremo Señor, y no reconoces á sus ministros en la tierra ¿en nombre de quién, ni con qué autoridad mandaría un hombre sobre otro hombre? No habría entonces más ley que la de la fuerza; la del fuerte contra el débil: la más feroz anarquía.

Si los hombres no creyesen, como tú dices que no crees, en la inmortalidad del alma ni en las penas y premios en otra vida eterna, la aspiración de esos hombres sería la satisfacción de las pasiones sin detenerse para ello en ningún medio.

Y entonces ¿qué sería el mundo? ¿qué sería la vida? Una horrible y tenacísima guerra entre espantosos charcos de sangre, de lagrimas, de cieno; entre aterradores gritos de agonía, de rabia, de desesperación; de bestiales bacanales vociferando brutalmente el triunfo del vicio y del crimen; triunfo, que sería más horroroso que el de una bestia contra otra bestia; porque sería el triunfo del hombre, que abjurando de su dignidad de ser racional y empleando su inteligencia así pervertida para el crimen, repasaría la brutalidad de las bestias, y llegaría, si pudiese, hasta el abismo del aniquilamiento por la fuerza ó por la corrupción.

Al pensar en esto, el impío, se asusta y retrocede exclamando: —Pero..... yo creo que hay Dios..... y deberes..... y derechos.....

—Pero quién es ese Dios tuyo? Una especie de aterrador espantajo, que atemorice á los demás con tremendas amenazas, que tú llamas *deberes*, para que te dejen tranquilamente en posesión de lo que tú llamas *tus derechos*, que para tí vienen á ser tu soberbia, tu egoísmo, tus brutales propósitos de que se hunda en el más hondo abismo de la desgracia y de la miseria, quién se oponga á tu perversión y á tu maldad.

Así quisieras forjar un *ente* monstruoso, que tuviera á raya á todo el mundo para que á tí te dejaran hacer y deshacer á tus antojos, sin más ley que tu orgullosa voluntad; que, mal que te pese, estará á cada paso encontrando obstáculos, que estorben, y que muchas veces imposibilitan, tus depravados deseos y propósitos.

Y así tu vida sería azarosa, inquieta y desgraciadísima con los horribles sinsabores de la desesperación del réprobo; porque el abismo llama al abismo; porque las pasiones desenfrenadas, sin Dios y sin ley divina, son insaciables, y aunque dominaran el mundo entero, siempre estarían sedientas y ahogándose con el voraz é insaciable *más* de la concupiscencia, que atormenta el alma con las horribles torturas de infernal desesperación.

¡Impío! Ay de tí, sino atiendes al grito apremiante de la conciencia! Aun tienes tiempo; vuelve pronto atrás en ese tu funesto camino de lobreguez de muerte.

Mira, no como los brutos, que tienen su conformación para mirar á la tierra, sino como el hombre racional que está formado para mirar hacia arriba. Mira al Cielo, que es de donde viene la luz verdadera para alumbrar el camino que debes andar. Mira sin preocupaciones, sin terquedades, ni soberbia; mira al brillar de esa luz, que complementa y engrandece sabremanera portentosa la luz de la razón natural, y verás lo grandioso y admirabilísimo de la creación y de las leyes que la rigen; y verás también que á la inteligencia, así iluminada, le repugna invenciblemente aún la más débil sombra de duda de que no ha tenido Creador tan grandiosa y admirable obra, y de que no han tenido legislador las leyes, que la gobiernan con tan perfecta armonía.

Mira, mira así á la luz de los Cielos y verás infaliblemente al Supremo Creador, á Dios en sus obras; y verás la Perfección, la Sabiduría y la Providencia divinas en sus leyes.

Y aun tu misma razón natural sola te lo está demostrando así concluyentemente; porque ella está viendo, como á luz meridiana, que es superior á todo el mundo visible, y que no se ha creado á sí misma; y por lo tanto que debe su existencia, así como toda la creación, á un Ser Supremo Creador.



Y ese Ser Supremo es Dios; pero no como lo proclama el paganismo, el naturalismo y todas las falsas religiones, que se fundan en la materia ó en las fábulas; porque tales falsas religiones buscan y forjan un dios ó dioses, divinizando á las criaturas, ó á las pasiones humanas, ó á los absurdos de la fantasía; porque tal dios ó dioses serían unos seres imperfectos, miserables, sujetos á errores, á maldades y á vicios, y esto es invariablemente opuesto y repugnante á la Verdad, al Bien y á la Belleza, que necesariamente han de concurrir en el Ser Supremo, en Dios.

Pero no en Dios según lo predica el pérfido y obcecado judaísmo, que niega la venida del Hijo de Dios, del Mesías; y lo niega

porque no quiso verlo, cuando en la Judea lo vieron hasta los ciegos á quienes el mismo Dios-Hombre, Jesucristo, les dió vista. Y lo niega cuando los buenos judíos que más de cerca y continuamente vieron á Jesucristo, y á sus testimonios de que era verdaderamente el hijo de Dios, sus discípulos, los apóstoles, firmaron con su sangre en el ara santa de su martirio que Jesucristo era el verdadero Hijo de Dios vivo, y que así lo habían visto confirmado por su doctrina y por sus milagros. Y lo niega, por fin, cuando en sus mismas entrañas lleva hace más de diez y nueve siglos, la prueba innegable de que Jesucristo era el Mesías prometido, porque la vida dispersa de los judíos sin templo y sin patria, es una prueba irrecusable del cumplimiento de las profecías y del incesante castigo por el tan espantosamente horrendo crimen que cometieron crucificando al *Justo*: al *Hombre Dios*.

El Ser Supremo es Dios; pero no según lo explican las sectas disidentes y heréticas hijas de la soberbia humana ó de la humana depravación.

Esas sectas malditas, que atacando con protestas y disidencias la autoridad y la unidad de la fé divina, que Dios depositó en su Santa Iglesia Católica, pervierten las inteligencias envenenándolas con el corrosivo y disolvente *libre pensamiento*, engendrador de la anarquía en las ideas, anarquía que, como en fuerza de una terrible ley de gravedad, baja al espantoso campo de acción de la anarquía en los hechos con tremendas y horribles revoluciones y feroces acometimientos contra la dignidad y recta vida del hombre de buena voluntad, y contra el orden social fundamentado en la civilización católica.

¡Sectas malditas! Vuestro orgullo, vuestra corrupción, embruteciéndoos os ciega y ensordece para no ver ni oír la admirable confirmación de las palabras de Dios, que no pueden faltar, de que *las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia*.

El Ser Supremo es el verdadero Dios según lo reconocemos, confesamos y adoramos los cristianos católicos; el verdadero Dios, que es la perfección infinita por esencia; esa perfección infinita que no puede contemplar ni comprender en toda su extensión la pobre inteligencia del hombre; y por eso la contempla y admira desde diferentes puntos de vista; en sus infinitas bondad, justicia, caridad; en su infinito poder que tan incesante y admirable se presenta á nuestros ojos en la Obra divina de la Creación; en su infinita y sapientísima Providencia, sosteniendo y gobernando todo lo creado, dotándolo de todas las leyes conducentes y de todos los medios adecuados para el fin designado á todos y á cada uno de los seres.

Sin salir el hombre de sí mismo, puede comprender y admirar las leyes y los medios tan propios y excelentes, con que el Criador lo ha dotado para que pueda alcanzar dichosamente su fin.

Vé que su origen está en el Ser Supremo, en Dios, vé que su fin está en llegar á poseer el Bien infinito, que está en Dios; vé que para andar bien ese camino está su alma dotada de potencias y de facultades muy excelentes y propias para ello.

Y para que el hombre pueda aprender pronto, bien y fácilmente el ejercicio de esas potencias y facultades, además de asistirlo con los auxilios de su divina gracia, sin la cual como nada fueran todos los empeños humanos, Dios le ha impuesto la ley de sociabilidad. Por ella, el hombre debe vivir en sociedad con sus semejantes; deber ese que así se lo están demostrando sus necesidades y sus facultades.

Abandonado á sus solas fuerzas el niño recién nacido, moriría inmediatamente.

Abandonado el hombre en la soledad á las cortas luces de su razón natural ¿quién le explicaría el movimiento de los astros, y los fenómenos de la esfera celeste y el movimiento de los mares?

La voz poderosa del trueno y el ronco estruendo de las olas.

¿Y la vida de los animales? El rugir de las fieras, el no aprendido cantar de las aves y el zumbido de los insectos que lo asedian.

¿Y las virtudes y los fines de las plantas? Las apariencias; que pueden serle engañosas y dañinas.

¿Y á quién y cómo comunicaría su entender, su querer y su sentir?

La creación le está demostrando que hay un Ser Supremo Creador, pero ¿quién le explicará en dónde está, y como quiere que se le dé acatamiento y que se le adore?

Su corazón está buscando otro ser semejante que lo entienda y que comunique con él sus pensamientos y sus afectos; pero ¿dónde lo encontrará?

En la Sociedad; para vivir en la cual ha nacido.

En la Sociedad; en ese mundo moral de las almas, al cual el Supremo Creador le ha dictado leyes sapientísimas que de modo tan admirable se armonizan con las leyes también dictadas por el Creador Supremo al mundo físico.

En el alto firmamento puso Dios una criatura hermosísima, esplendente, derramando rayos de luz y de calor vital, y que es como el rey de los etéreos espacios á quien con sus jiros parece le rinden brillante corte los astros todos; es el sol, que ejerce incesantemente su actividad como la criatura encargada por la Providencia Divina de dar á los cuerpos calor para su vida y luz para su

camino. Calor y luz que son constantes, fieles y exactos cumplidores de la misión que les ordenó la ley divina.

Y si Dios tan fija y espléndidamente alumbró el mundo físico, el mundo de los seres mortales ¿había de dejar al azar y en tinieblas ese mundo incomparablemente superior: el mundo de las almas inmortales?

Imposible.

VII

Por la razón natural conoce el hombre la ley natural y moral que le ha sido dictada por su Criador para obrar rectamente, dirigiendo sus actos al Bien.

Y así llega á la inteligencia humana el conocimiento de los primeros principios morales y de sus consecuencias inmediatas; y si bien la razón específica humana puede conocer las verdades, que requieren un reflexionar detenido y habituado para poderlas deducir con acierto de los principios supremos de moral, como pudiera sobreponerse la sensibilidad á la recta razón y las pasiones á la voluntad, de ahí la tan bienhechora conveniencia, y aun la necesidad, de que hubiese también autoridad con la misión de adoctrinar rectamente á los hombres en las verdades naturales de la moral.

*
* *

Aun después de la tremenda caída del primer hombre, y aunque envuelta en los quebrantos, que esa gran caída le acarrearía, su razón natural, que por Dios había sido creada perfecta y que por lo tanto conocería perfectamente todas sus leyes y su obligación de acatarlas y cumplirlas con sincera voluntad, estaría instruída y educada muy suficientemente para poder ir cumpliendo con rectitud siempre y en todo bien sus deberes en el penoso camino del destierro de esta vida, al que Dios le había condenado por el pecado original.

Y nuestro padre Adán iría instruyendo y educando á sus descendientes en la santa doctrina y en el santo temor de Dios, mostrando con sus afligidas lágrimas el testimonio vivo del terrible castigo, que acarrea la prevaricación contra la ley de Dios.

Y así irían transmitiendo, con la asistencia de la Divina Providencia, las santas doctrinas y tradiciones de generación en generación los venerables patriarcas sucesores de Adán.

Llegó un tiempo, cuando había aparecido sobre la tierra el satánico pecado de idolatría, en que Dios, siempre Providente, llamó con especial vocación, al santo patriarca Abraham; le colmó

de santos dones y promesas y en él depositó la altísima misión de llevar, como padre y cabeza de un pueblo escogido, al través de las generaciones la divina doctrina de la unidad de Dios, y de los demás dogmas, tradiciones, promesas y esperanzas; así, todo el mundo podía instruirse en las cosas más santas y más importantes para la humanidad.

¡Siempre destacando en el trascurso de las generaciones el deber y la necesidad que el hombre tiene, en orden á su fin, de instrucción en la Verdad y de educación en el Bien!

Y aquel pueblo escogido, descendiente de Abraham, fué cruzando las generaciones llevando en sagrado depósito la doctrina verdadera y la santa alianza, que Dios hizo con el santo patriarca.

Y tiempo después, el pueblo escogido de Israel, que estaba en esclavitud en Egipto, fué librado de ella por el gran ministro de Dios, Moisés, y cruzando el mar Rojo á pié enjuto, caminando vá por el desierto hácia la tierra, que Dios le había prometido.

Aquel pueblo escogido de Dios, que venía recibiendo su instrucción y educación por la doctrina verdadera transmitida, con la asistencia de Dios, por los santos patriarcas y por los consejos y ejemplos de santa vida de estos, viene á recibir instrucción más amplia y extensa en la ley Divina promulgada por el mismo Dios en el monte Sinaí—en el desierto,—de un modo indeciblemente imponente y pavoroso, y adecuadísimo para grabar en los corazones la ley santa de Dios, y el santo temor de Dios para cumplirla siempre con fidelidad.

Y aquel pueblo, que temió morir ante aquella forma terrible de promulgación, pide á Moisés oiga él todas las cosas que Dios le dijera y se las comunique después.

Y aquel pueblo de cerviz dura se rebela porque Moisés no baja del monte tan pronto como el pueblo quería; y se fabrica un ídolo, y lo adora. ¡Horrible prevaricación! Aquel pueblo se ha instruído en la ley; su inteligencia la conoce, pero la dureza, la inconstancia, la soberbia de su corazón la quebranta y la desprecia.

Aquel pueblo, al considerarse como huérfano con la ausencia de Moisés, en vez de recurrir á Dios pidiendo amparo, guía y remedio, murmura de Dios y adora á un ídolo.

.

¿De qué le serviría al hombre la más amplia instrucción, que pudiese alcanzar su inteligencia, si su corazón estaba corrompido por perversa educación?

Pues de tremenda agravación de su castigo; porque á cuanto mayor conocimiento del crimen, mayor castigo.

Castigo tremendo sufrió aquel pueblo por aquella tan atroz maldad; se arrepintió de ella, y por la intercesión de Moisés alcan-

zó el perdón de Dios, y la gracia de que la Ley promulgada fuese escrita por Moisés en las tablas que se depositaron en la Santa Arca de la Alianza.



Era aquella Ley un cuerpo admirabilísimo de doctrina, de mandatos y de ordenamientos, de instrucción y de educación en los órdenes religioso moral, social, político y civil; un cuerpo admirabilísimo como maestro, guía, juez y gobernante de aquel pueblo de misión tan elevada y trascendental, que tenía confiado en santas alianzas el depósito sagrado de la verdadera doctrina; siendo como misionero de la civilización verdadera en el mundo entero; misión que podía alcanzar á todo el mundo, por la peregrinación del patriarca Abraham; por el larguísimo tránsito del pueblo de Israel desde Egipto á la tierra prometida; por las peregrinaciones de israelitas por todo el mundo habitado, y permanencia é instalación de muchos de ellos en todos los países de la tierra, como así lo confirma la historia universal; y en fin por los sucesos y prodigios pasmosos, que ocurrieron en aquel pueblo, y que fueron la admiración del mundo entero.

Y así, por la incesante Providencia de Dios, todo el género humano podía estar instruído y educado en cuanto le era conducente para bien llegar á su último fin.

Llegó el pueblo de Dios á la tierra de promisión, y fué entrando en la plenitud de los tiempos de su misión altísima.



Dominando el grupo de los montes de Judea cerca del cual vá el torrente Cedrón serpenteando rumoroso, como llevando á los siglos y generaciones ecos de grandes misterios; rodeada de grandiosos esplendores de inenarrables grandezas y glorias, se alza la ciudad santa de la Antigua Ley, se alza la tan bendecida, tan llorada y siempre inolvidable Jerusalén, la misteriosa y poética Sión, que oyó los sonos inspirados del arpa y los inspirados y conmovedores cantos de contrición, de júbilo y de grandezas imponderables de un Rey profeta y santo; y los argentinos ecos de las trompetas en el más suntuoso templo levantado á Dios por el Rey Sabio, y los himnos de bendición y esperanzas del pueblo escogido por Dios, y los trenos desgarradores de dolor y desolación de sus profetas llamando á penitencia, y prediciendo tremendos castigos; y los ecos majestuosos y arrobadores de las profecías, reveladoras, como ecos de voz divina, de los insondables desig-

nios de Dios en orden al cumplimiento de la justicia eterna y de la acción amorosísima de su infinita misericordia para la redención del mundo.

Y aquella sagrada Jerusalén, con sus tan venerandos y enaltecidos muros, era la morada escogida del Arca Santa, en donde se guardaba la alianza de Dios con su pueblo escogido; alianza que con su influencia divina, que irradiaba por el mundo entero con sus rayos de luz de vida y con la resonancia de sus milagros asombrosos, era como el alma vivificante, como la ciencia divina, para la ilustración y para la educación no sólo del pueblo de Israel, sino de todos los pueblos esparcidos por la tierra según los designios supremos de la altísima Providencia de Dios.

Y esa ciencia, que es la tan preciosa margarita por adquirir la cual hay que desprenderse de todos los tesoros terrenos, porque es la ciencia de la salvación; esa ciencia esclarecida por la inspiración de Dios á Santos Profetas, á los escritores de los Libros Sagrados y á Doctores de la Ley, se vá cumpliendo, se vá iluminando tan grandiosamente, que ya está en los lindes últimos de la ley natural y de la antigua Ley escrita, y va á entrar con célicos fulgores en los inmensos y purísimos espacios del inmortal reino de la Nueva Ley de gracia divina.

VIII

Se habían cumplido las setenta semanas de años profetizadas por Daniel para la venida del Salvador del mundo.

Dios, siempre fidelísimo en sus promesas, se hizo Hombre y vino al mundo á instruir á los hombres con su doctrina divina, y á redimirlos con su divina sangre.

Entonces apareció el Sol Divino en la tierra de las almas que peregrinan; y entonces el mundo, absorto de admiración y de ventura al ver que rasgaban las tinieblas de la esclavitud del pecado los rayos de la Ley de gracia, que alboreaba, oyó la soberana voz del Hombre Dios que decía: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.* (San Juan cap. VIII-12.)

¡Favor grandioso y bienhechor hasta lo indecible!

El mismo Dios, hecho Hombre, adoctrina á los hombres.

La misma Luz increada alumbra el camino de los hombres sobre la tierra.

Y esa doctrina obliga á todos los hombres, porque es la doctrina emanada del mismo Dios verdadero, que es Rey y Señor de toda la Creación, porque esta es hechura y obra de sus manos.

Y esa doctrina es infalible, porque Dios, que es la Sabiduría infinita, no se puede engañar; porque Dios es la perfección misma, y en la perfección no cabe el error, que es imperfección.

Y esa Luz increada, esa Luz Divina, que alumbra el camino de la vida, no puede faltar ni debilitarse, pues suponer lo contrario vendría á ser como el negar la Omnipotencia, la Sabiduría y la Providencia divinas; vendría á ser como negar la eternidad de Dios; vendría á ser como negar á Dios mismo; y esas negaciones es evidentísimo que serían blasfemas y absurdas hasta lo inconcebible.

.

Así promulgó el Hombre-Dios, Jesucristo, la Ley de Gracia, la cual vino á firmar con su sangre divina en el martirio de la Cruz; con aquella sangre que lavó la horrible mancha del pecado, y en aquella Cruz que fué el arma invencible que Jesucristo escogió, y nos legó, para vencer al demonio; aquella santa Cruz, que Dios-Hombre, en sus ansias de amor por la salvación de los hombres, escogió como llave de gracia divina para con ella abrir al género humano las puertas de la Celestial Sión, de la Gloria eterna, que habían sido cerradas para que allí no entrase el hijo del demonio, el pecado, desde que este hizo su horribilísima entrada sobre la tierra con la tan abominable y funesta culpa original de nuestros primeros padres.

Y cuando cumplida su misión divina en la tierra volvió Jesucristo al Eterno Padre, subiendo á los cielos, no dejó á los hombres como pobres huérfanos sin pan, sin camino y sin luz. Nos dejó su mismo Cuerpo y Alma quedándose con nosotros su persona divina envuelta en el adorabilísimo misterio de amor divino, más inmenso que un mar sin fondo ni riberas, en la Sagrada Eucaristía, para allí comunicarse en arrobadores transportes de Caridad con nuestros corazones, y dar á nuestras almas el alimento de vida de la gracia divina, sávia celeste que rinde, en exuberancia siempre creciente, méritos y virtudes.

Y nos dejó fundada su Santa Iglesia, esa sagrada congregación de fieles cristianos, cuya cabeza invisible es el mismo Jesucristo, su Fundador. Y como la Iglesia es una congregación visible que forma un cuerpo visible, quiso Dios que ese cuerpo tuviese una cabeza Visible también, que lo dirigiese y gobernase en nombre del mismo Dios y con su divina asistencia. Y para ello, y para que siempre se conservase la unidad y la unión en su Iglesia, Jesucristo nombró por su primer Vicario á San Pedro; y los supremos poder y dignidad en su santa Iglesia que Jesucristo dió á su primer Vicario en la tierra, dió también á sus sucesores legítimamente elegidos; porque Jesucristo fundó su Iglesia para que exis-

tiese hasta el fin del mundo, prometiendo á sus apóstoles que hasta el fin del mundo estaría con ellos; y como los apóstoles, como hombres que eran, habían de morir, es indudable que el poder, la autoridad que Jesucristo les dió y la asistencia que prometió á ellos y á su Cabeza Visible, habían de existir, como existen y existirán, en los sucesores, legítimamente elegidos, de su primer Vicario en la tierra y de los apóstoles, hasta el fin del mundo.

Y á su santa Iglesia dotó y enriqueció Jesucristo de todos cuantos poderes y prerrogativas eran y son conducentes para llenar su misión divina en la tierra hasta la consumación de los siglos.



Y así le dió el poder y prerrogativa de continuar su divina misión docente de adoctrinar á los hombres, de enseñarles el camino de la vida, cuando envió á sus apóstoles á predicar el Evangelio diciéndoles: *Id pues, é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:*

Enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos. (San Mateo XXVIII-19 y 20)

Y el Evangelio de Cristo es doctrina infalible, porque es doctrina de Dios que no puede ni engañarse ni engañarnos, porque en Dios está la Verdad eterna é infinita.

Y la Santa Madre Iglesia que nos enseña esa doctrina, es también infalible, para que así esa doctrina se conserve entera, pura y sin error; y así podamos, siguiéndola, caminar rectos y seguros por el camino de la Verdad que guía al Cielo.

¿Y cómo los hombres podrían ir rectos y seguros por el camino de la Verdad si la Iglesia Santa no fuera infalible en sus enseñanzas referentes á la fé y á las costumbres?

Repugna invenciblemente aun la más ligera suposición de que la Divina Providencia no proporcionase á los hombres luz y camino de certeza y seguridad infalibles para llegar felizmente á su fin último.

De modo sobremanera admirable y perfecto, nos proporcionó Dios esos medios, prometiendo Jesucristo que Él mismo estaría con sus apóstoles (con su Iglesia docente) continuamente hasta la consumación de los siglos (*San Mateo XXVIII 20*)

Y cuando dijo á sus apóstoles (y en ellos, á sus sucesores)..... Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador y Abogado, para que esté con vosotros eternamente.

A saber, al Espíritu de verdad.....—(*San Juan XIV 16 y 17.*)

Es pues sin duda alguna nuestra Santa Madre Iglesia Católica infalible en todas sus enseñanzas referentes á la fé y á las costumbres.

*
* *

Encomendó tambien Jesucristo á su Santa Iglesia el ejercer, en la persona de sus apóstoles y de sus sucesores, el augustísimo y tan venerando ministerio sacerdotal.

Era aquella noche precursora de aquel día en los cuales iba á suceder sobre la tierra el contraste más asombroso; el contraste de las imponderables grandeza y gracia del amor de Dios y de las más bajas y perversas vilezas de la ingratitud del hombre.

Cristo es Dios, y como Dios todo lo tiene presente. Y en aquella tan memorable noche de la *Cena* entre las arrobadoras dulzuras que exhalaban las palabras de Jesús cuando daba á sus apóstoles el Mandato Nuevo: *que os améis unos á otros, como yo os he amado á vosotros.* (San Juan XIII-34 y XV-12), Cristo estaría viendo, hasta en sus más recónditos detalles, toda la grandiosidad, caridad, valía y gracia divinas, y toda la vileza y perversidad de la ingratitud del hombre, y toda la horrible malicia del pecado, que iban á manifestarse, de tan patente modo, en su sacratísima Pasión, que muy pronto lo iba á llevar á la muerte.

Estaría viendo aquel sudar sangre que á su cuerpo arrancarían luego las angustias de tristeza de muerte, y aquella fortaleza de espíritu que al cuerpo infundió valor sin fin para sufrir los más crueles tormentos del martirio hasta la muerte.

Y se vería preso, maniatado y escarnecido como un vil criminal por una turba de malvados, que lo llevaban de tribunal en tribunal en donde buscaban con infernal coraje arrancar contra Él la mas inicua sentencia de muerte.

Y se vería sentenciado á muerte, caminando con el instrumento del suplicio, con la Cruz á cuestas, hasta la cima de los más grandes dolores: hasta el Calvario.

Y se estaría viendo cubierto de heridas y de regueros de sangre, clavado y colgado en la Cruz entre el Cielo y la tierra, siendo el blanco de la guerra más horrible de los infiernos, que desesperados luchaban contra el héroe mártir santo del Gólgota, para que no triunfase y con su triunfo redimiese á la humanidad rompiendo las cadenas del pecado; y siendo el blanco de toda la más infame y rabiosa soberbia de los hijos de las tinieblas en la tierra, que se esforzaban como demonios para apagar con sus horribles y tenebrosas infamias los resplandores de la Luz de gracia divina que venían ya iluminando el universo entero; y siendo el blanco de la

infinita justicia del Cielo, que así recibía reparación cumplida de la ofensa del pecado inferida á Dios.

Y se vería sufriendo todos los más terribles dolores que pudieran caer sobre la vida mortal, hasta llegar á verse como ¡abandonado! á su cruelísimo martirio en el más supremo momento, que revelaban aquellas angustiosísimas voces ¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!

Y estaría viendo, al pié de la Cruz ¡á su Madre! con faz cada-
vérica, y con sus ojos anublados por las lágrimas que brotaban de la desgarrada herida de la espada de dolor, que traspasaba su alma; su alma que, anegada como en mar inmenso de amargura, estaba como ahogándose en acerbísimos tormentos de inacabable agonía.

Y vería que los dolores estaban llegando al último grado de intensidad, y que los desgarrados tejidos de su cuerpo estaban ya para dejar caer las últimas gotas de su sangre; y que la muerte se acercaba.

Solo el Sumo Sacerdote Ungido de Dios que ofrecía en el altar de la Cruz la Hostia divina de su cuerpo, de su sangre, de su vida, podía alcanzar la inmensidad del valor de aquel sacrificio de divino amor infinito por la salvación de los hombres.

Solo Jesús podía ponderar el curso de su Pasión cruelísima.

Antes que esta llegara á su tristísimo fin, Jesús ante aquellas visiones, que pronto serían hechos terribles de dolor y martirio de sangre y de muerte, va á dictar una cláusula soberana é inefablemente amorosa y bienhechora en su testamento en favor de todos los hombres, por la salvación de los cuales pronto va á morir espantosamente martirizado y clavado en el patíbulo de la cruz.

¡Así correspondió el amor de Dios á la horrenda ingratitud del hombre!

¡Lección tremenda é imborrable de amor y gracias divinas contra la humana soberbia!

Raudal sin medida de consolación y de salud de vida eterna para el hombre de buena voluntad cuyo espíritu en trasportes de arrobamiento exclama ¡solo Dios es Caridad perfecta é infinita!

.

Toma Jesús el pan en sus manos, da gracias á Dios, lo bendice y lo dá á sus apóstoles diciendo: Tomad, y comed: este es mi Cuerpo.

Y tomando el cáliz dió gracias, le bendijo, y dióselo á los apóstoles, diciendo: Bebed todos de él. Porque ésta es mi sangre.....
—(*San Mateo XXVI 26, 27, 28.*)

Y bajo el velo de misteriosa divina hermosura del Pan y del Vino, Jesús asombrando con su Caridad y sabiduría á los cielos y

á la tierra quedóse con nosotros en la Sagrada Eucaristía, para mantenimiento de nuestras almas y aumento de gracia y virtudes.

Y se quedó Jesucristo así con nosotros por siempre, porque dió á sus apóstoles, y en sus apóstoles á sus sucesores en el sagrado sacerdocio en su santa Iglesia, poder y mandato de renovar y celebrar ese tan inefable y venerando misterio perpetuamente, diciéndoles..... *Haced esto en memoria mía*—(San Lucas XXII 19.)

*
* *

Y dió Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á sus sucesores, el poder sacerdotal para reconciliar á los pecadores con Dios, diciéndoles: *Como mi Padre me envió, así os envió también á vosotros.*

.....*Recibid el Espíritu Santo:*

Quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonareis: y quedan retenidos, á los que se los retuviéreis.—(San Juan XX 21, 22, 23.)

El sacerdocio visible se ejerce sobre la tierra, pero según su alteza y excelencia debe considerarse como dignidad celestial, por su institución divina y por su sacratísimo ministerio.

*
* *

Y encomendó Jesucristo á su santa Iglesia ese amorosísimo y rector oficio interior y exterior de Pastor de la grey cristiana, para llevarla recta y segura por el camino de la vida eterna.

¿Cómo había de dejar Jesucristo á su Santa Iglesia expuesta al desorden y á la confusión sin ministros que la rigiesen y gobernasen?

Dió Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á sus sucesores, el poder y mandato de enseñar á todas las naciones á observar todas las cosas que El les había mandado.—(San Mateo XXVIII 20.)

Y de esto aparece clarísimo que Jesucristo comunicó á sus apóstoles (y á los sucesores de éstos) el pleno poder y mandato de educar á todos los hombres en el cumplimiento de los deberes que prescribe el Evangelio del mismo Jesucristo, y el de exigir acatamiento y obediencia á todas las disposiciones de la Santa Iglesia reguladoras de la vida cristiana.

Dijo también Jesucristo á los apóstoles “*Os empeño mi palabra, que todo lo que atáreis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo.*—(San Mateo XVIII 18.)

Y es también indudable que con esto comunicó Jesucristo á sus apóstoles (y en ellos también á sus sucesores) el poder completo para obligar á los fieles por medio de exhortaciones y prohibiciones á huir de los peligros, y para obligar á los rebeldes á las debidas sumisión y obediencia por medio de penas espirituales.

*
* *

Y todos estos poderes y prerrogativas, que Jesucristo dió y encomendó á su Santa Iglesia, se han de ejercer bajo la inspección y dirección de su Vicario en la tierra, del sucesor, legítimamente elegido de San Pedro, á quien Jesucristo dijo..... *Apacienta mis corderos..... apacienta mis ovejas.....*—(San Juan XXI-15-16-17) es decir: rige y gobierna al mundo cristiano como su Pastor supremo.

Y por eso el Vicario de Cristo en la tierra tiene el mismo don de infalibilidad que la santa Iglesia de Dios.

¿Cómo la Providencia Divina había de dejar á la grey cristiana expuesta á ser llevada por errado camino por el mismo Pastor supremo, por el Vicario de Cristo en la tierra?

Imposible; porque Dios es verdad infalible, que no puede errar.

Fundamento invisible de la Iglesia es Cristo; y Cristo puso por fundamento visible de su Iglesia á San Pedro, y en San Pedro á sus sucesores legítimamente elegidos, poniéndolo como piedra fundamental de ella..... *“Tú eres Pedro, (que quiere decir piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas (ó poder) del infierno no prevalecerán contra ella.* (San Mateo XVI-18). Así dijo Jesucristo á San Pedro.

Ahora bien, si la piedra visible fundamental de la Iglesia, fundada por Jesucristo, pudiera romperse, pudiera faltar, esto es, si el Sumo Pontífice Romano, Vicario de Cristo en la tierra, pudiera errar en sus decisiones referentes á la fé y á la moral cristianas, entonces estas palabras divinas estarían expuestas á quedar sin seguro y entero cumplimiento, y esto es imposible, porque las palabras de Dios no pueden faltar, porque en Dios están la Verdad, la Justicia y la Bondad eternas é infinitas y la eterna é infinita Omnipotencia.

Jesucristo mismo lo dijo..... *mis palabras no faltarán.*—(San Lucas XXI 33.)

Lo dicta la sana y recta razón, y sobre todo, es de fé católica, que el Sumo Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra es infalible en sus decisiones referentes á materias de fé y de moral cristianas.

*
* *

Aunque en todos los días de su vida estuviese el hombre, humillada su frente en el polvo, meditando en su origen y en su fin, y derramando sinceras lágrimas de contrición y agradecimiento, no podría ni apreciar ni pagar en justa medida el mérito y la grandeza de los favores, que de Dios tiene recibidos porque son infinitos.

Lo crió Dios á su imágen y semejanza.

Prevaricó el hombre, y Dios se hizo Hombre para con el precio infinito de su pasión y muerte redimirlo de la esclavitud del pecado, y volver á abrirle las puertas del Cielo.

Con su mismo Cuerpo divino sustenta el alma del hombre anegándola en gracias y dulzuras de divino alimento.

En su Santa Iglesia Católica exterioriza sus divinas autoridad y sabiduría, encomendando á sus Sagrados Ministros la potestad de adoctrinar y de regir á los hombres en orden á su último fin.

Tiene pues el hombre alimento de vida eterna para su alma, y luz y magisterio infalibles para bien andar el camino de esta vida, y tiene potencias y facultades para conocer tan excelsos dones, para aprovecharse ordenadamente de ellos, para agradecerlos rindiendo con entera sinceridad su alma en todo y siempre á la ordenación divina.

¿Qué medios le ha dado Dios al hombre para ir y llegar felizmente á su propio y último fin?

Todos cuantos eran y son conducentes para ello.

¿Qué medios pone el hombre de su parte para ir y llegar felizmente á su fin propio y último?

¡Desgraciado el hombre, que se resiste á los impulsos de la gracia divina! Porque él caerá en el abismo de su perdición al horrendo impulso de su pecado.

Desgraciado el hombre que resiste á la autoridad de la Santa Iglesia Católica de Dios porque al mismo Dios resiste, y quien resiste á Dios caerá en el terrible tormento de eterna pena, bajo el peso irresistible de la eterna justicia.

Porque al desgraciado que no haya correspondido á los llamamientos de la gracia divina, y á las dotes que por Dios se le concedieron para cumplir bien todos sus deberes ¿que has hecho—le preguntará en el juicio rigurosísimo é inapelable el Supremo Juez—de aquella inteligencia que te di para conocerme y para conocer los caminos de la verdad; de aquella voluntad que te di para obrar el bien, andando siempre por la senda de tus deberes, y de aquel corazón que te di para amarme sobre todas las cosas y para amar á tu prójimo como á tí mismo?

Abandonaste tu alma á la ignorancia y al error, maleaste tu voluntad con la necedad, con el vicio; endureciste tu corazón con la soberbia y la corrompiste con la abominación; fueron tus pasos en la vida huyendo de tu Criador y de su Ley, y siguiendo al mundo y á sus necias vanidades; erraste el camino porque quisiste ¡maldito, vete al fuego eterno de los réprobos!

Y la sentencia se cumplirá irremisiblemente, porque Dios es infinitamente justo y eterno, y á su misericordia, que sana al corazón contrito, se antepone su justicia cuando en la eternidad entra el alma en guerra con Dios, separada de Dios, acusada y condenada por su mismo pecado.

No hay quien no sepa el proverbio, pues que á todos se lo dicta la conciencia, de que más tarde ó más temprano, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Evitar trance tan terrible es muy hacedero, es muy fácil.

Poner los medios para cumplirlo es muy posible, es muy sencillo.

Ejercitar incesantemente el hombre esos medios, en cuanto buenamente está de su parte, le es obligatorio, le es necesario para corresponder, cual debe, á su propia naturaleza y á su último fin, para el cual ha sido criado.

IX

Temblando de dolor sus pobres fuerzas físicas, anublado su espíritu por la culpa original, entra llorando el hombre en este penoso destierro, así como hijo de un rey feudatario condenado por su rebelión contra el Rey Supremo, á miserias, á trabajos, á destierro, en esta tierra de espinas y de abrojos.

A quienes, como segundas causas, al hombre así trajeron á esta vida, á sus padres, les está gritando la voz imperiosa de la justicia y la tierna voz del amor que deber de ellos es alimentar y educar al ser que engendraron.

A la luz de la razón natural, aclarada y sostenida por la luz infalible de la fé Católica, se vé sin sombra alguna que los primeros derechos que el hombre trae al mundo para exigirlos de la Sociedad (para vivir en la cual ha nacido) y los primeros deberes que la Sociedad tiene que cumplir para con el hombre, son los de alimentación del cuerpo y educación del alma.

Y á esa misma luz se vé también muy claro que la primera sociedad, que ha de cumplir esos deberes, es la sociedad familia constituida en primer término por los padres, que han sido segundas causas que le han traído al mundo; y cuando esta sociedad no pueda cumplir estos deberes, el cumplimiento de ellos pasará al cargo del Concejo ó municipio, que es una prolongación de la sociedad-familia, pues es un agregado de familias que constituyendo vecindades garan-

tiza y facilita el ejercicio de los derechos, y facilita y ayuda al cumplimiento de los deberes en la vida social. Y así irá pesando en su caso el cumplimiento de estos deberes en los organismos sociales superiores, según sea la organización legal de los pueblos.

Es también patente é incuestionable que el deber de la alimentación y de la educación del cuerpo, así como también el de purificarse el alma del pecado original con el Santo Bautismo, comienza desde que el hombre nace; y que el deber de la educación del alma comienza desde que los sentidos ejercen en ella impresiones; y así desde que nace, no debe el niño ni ver, ni oír, ni sentir cosa alguna que sea opuesta á la educación física del cuerpo, ni á la educación moral del alma,

Los enunciados deberes de alimentación y educación, es también muy consiguiente que subsisten mientras que no pasen al mismo ser humano, cuando este haya llegado á adquirir el desarrollo y aptitudes bastantes para obtener medios de procurárselas.

¿Y cuando será llegado este día?

No será difícil determinarlo en cuanto á la alimentación, puesto que no es difícil apreciar la circunstancia de cuando el jóven puede ya ganar con su profesión ú oficio lo bastante para su alimentación.

Muchísimo más difícil es el poder fijar la época en que cesan los deberes sociales de educar bien al hombre, mediante la correspondiente instrucción para ello.

Porque esa determinación ó fijamiento depende de muchas y varias causas: la necesidad apremiante en las familias de emplear á veces á los niños en trabajos compatibles con su edad, en perjuicio de su instrucción.

Los medios de que puedan disponer las Sociedades familia ó Concejo para ir proporcionando la instrucción progresiva que se necesita para ir perfeccionando la educación correspondiente.

El mayor ó menor alcance de las facultades del educando,

Las circunstancias de tiempo, lugares y estado social; la misma naturaleza humana que por la limitación de sus facultades necesita á cada paso quien le ayude y aconseje, y por fin las miserias y las sombras que envolvieron á la pobre alma del hombre cuando, seducida por Lucifer, cayó despeñada en el abismo pavoroso de la culpa original. Y aquella alma, que había salido del soplo de Dios, esplendorosa y radiante de hermosísima perfección propia para el fin para que fué creada, quedó afeada é inmunda con las tan repugnantes huellas del pecado.

Así van naciendo los hombres tan imperfectos con las heredadas imperfecciones acarreadas por el primer pecado.

Pero Dios dotó al hombre de potencias y facultades, con las cua-

les, mediante la gracia divina, puede el hombre remontarse hasta la cumbre de la perfección á que llegar puede su naturaleza.

Así le tiene dicho el mismo Jesucristo que lo practique: *Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.* (San Mateo-V-48-).

¿Y cuáles son los caminos, que tiene siempre abiertos el hombre para ir en busca de esa perfección y para conseguirla?

Por parte de Dios, la gracia divina; y por su parte la sana instrucción de la inteligencia y la buena educación de su voluntad. Ahí tiene esos tres caminos que se dirigen á un mismo punto: á la consecución de su último fin; consecución á la cual debe aspirar siempre el hombre, aunque para ello tuviese que sacrificar todos los intereses del mundo, incluso su propia vida. Porque hay que ir siempre hácia el fin marcado por el Criador, aunque para ello fuera preciso desviarse de todas las criaturas; porque impío y loco de alma fuera quien perdiese la felicidad eterna, que está en la posesión del Sumo Bien, que es Dios, por correr tras las vanísimas satisfacciones mundanales, hinchadas de miserias, de amarguras, y de aparatosas y fantásticas nubes de sombras y de humo, que aun no se han levantado, cuando ya desaparecen deshechas por el viento frío de la muerte.

Hay que estar pues siempre pidiendo á Dios su santa gracia, haciendo brotar del corazón la inefable súplica, que para ello nos enseñó el mismo Jesucristo: la oración del *Padre Nuestro*.

Que siempre esté la inteligencia corriendo por el camino de la verdad á la luz, que alumbra la vida verdadera, siguiendo á Cristo.

Que siempre opere la voluntad obras de bien con tendencia y espíritu hácia el Sumo Bien, que es Dios.

Que siempre respire el alma el aroma divino de la Caridad cristiana, que es salvadora ráfaga del ambiente que respira el Cielo.

Sí, queridos obreros; ya lo estais viendo como á luz meridiana: hay que estar siempre instruyendo bien la inteligencia y educando bien la voluntad; y hay que estar siempre pensando y obrando conforme á la buena instrucción y á la buena educación.

¿De qué le serviría á un obrero el poseer las más perfeccionadas herramientas, si no sabía emplearlas, ó si las empleaba mal?

Pues de inutilidad, de imperfección y de perjuicio para sus obras, y de vergüenza, de desprestigio y de perdición para él.

X

Vamos á concluir por donde comenzamos: todos somos alumnos en la escuela de esta vida, y todos somos obreros para trabajar en el empleo y en el fin, que Dios nos fijó.

Siempre aprendiendo; siempre educándonos; porque el ejercicio

de nuestras facultades es incesante, y porque las circunstancias en esta vida se suceden con rapidez; y hay que saber bien obrar, y hay que obrar bien con relación á ellas.

A la escuela pues, queridos obreros, á la escuela Católica, que es santuario donde se aprende á levantarnos hasta Dios por el cumplimiento de sus mandamientos.

A la escuela Católica, que es invencible fortaleza en donde se adiestran y confortan las almas para cruzar serenas y seguras el camino de esta vida, luchando sin cesar y sin miedo contra los duros trances que á la tierra trajo la culpa original, y contra los enemigos del alma, ya arteros ya cínicos, que la acechan, la asaltan y la combaten en su camino.

A la escuela Católica, á instruirnos bien y á educarnos bien para cumplir bien, siempre y en todo todos nuestros deberes.

¿Y por donde hemos de comenzar? Pues por Dios, que es principio y fin de todas las cosas.

El deber entraña una relación de superioridad en el que lo ordena, y de inferioridad en el que lo ha de cumplir; luego tanto más esencial y absoluto será el mandato del deber, cuanto más esencial y absoluta sea la dicha relación. Los primeros deberes, que Dios ordena al hombre son los deberes religiosos, y como Dios es el Señor y Dueño Supremo de todo lo criado, los deberes religiosos son los primeros y principales, que el hombre ha de cumplir; y para cumplirlos bien debe el hombre instruir su inteligencia para conocerlos bien, y educar su voluntad para obrar conforme á ellos.

Hemos de comenzar pues tan importante y necesaria obra por el verdadero principio: por Dios, que es el principio y fin de todas las cosas; y para llegar á Él, hemos de comenzar por la Religión Católica, que es la luz celestial, que nos muestra á Dios; y el camino que nos guía á Él; y el lazo que con Él nos une; y que es la autoridad infalible, que nos rige en orden á nuestro último fin, que es Dios; y que es la Maestra divina, que nos enseña y nos explica las leyes que Dios nos dictó.

Por la Religión, que por sus Sagrados Ministros nos abre las puertas de la vida del alma; y ya en el camino de la vida, nos van instruyendo y educando siempre para caminar derechamente con pasos de bien obrar; y á la última hora de salir de esta vida, nos instruyen, nos educan con celo supremo para que demos bien el último paso en el supremo trance.

¡Bendita Religión! que eres luz, camino, guía y maestra que tomando nuestra tierna mano en la puerta santa del Bautismo, de ella nos llevas por todos los pasos y trances del sendero de esta vida, hasta depositarla en el sepulcro, yerta pero ungida con la Santa Un-

ción, que dá al alma cristiana gracia santificante y esfuerzo contra las tentaciones del demonio.

*
* *

Queridos Obreros, el militar tiene que comenzar por aprender bien la ordenanza, si ha de entrar á ejercer bien su profesión. De no saber su ordenanza, estaría á cada paso expuesto á gravísimas penas.

En la guardia, en el campo de instrucción, en el campo de batalla, ante sus jefes, ante el enemigo ¡qué responsabilidad y qué castigos tan grandes si no sabe cumplir bien! Podría llegar su castigo hasta ~~la~~ *el* de pena de muerte.

Pues los cristianos somos soldados de Cristo; en sus banderas nos alistamos, y sus banderas hemos jurado al entrar en la Santa Iglesia militante por la sagrada puerta del bautismo; y estamos obligados á saber, á entender y á cumplir la ordenanza cristiana, es decir: las leyes de Dios y de su Santa Iglesia Católica; y por lo tanto estamos obligados á estar siempre bien instruidos y bien educados para saber y cumplir bien esas santas leyes de Dios y de su Iglesia Católica.

¡Qué dicha el saberlas y cumplirlas bien, y así alcanzar el premio eterno! ¡Qué horrible desgracia el no cumplirlas bien y así caer en el eterno suplicio!

En conclusión, por deber para con Dios, y por nuestro bien propio, hay que comenzar por la instrucción y educación religiosa, porque nuestros primeros deberes son para con Dios, que es nuestro Criador, nuestro Padre, nuestro Señor Supremo, nuestro fin principal y último; y aprendiendo esos deberes sabrá nuestra inteligencia cómo ha de creer en Dios, cómo ha de pensar en Él, y cómo lo ha de adorar y servir; y nuestra voluntad, sometiéndose á esas enseñanzas, obrará conforme á esos deberes; y así ambas marcharán en verdad y justicia en todo hasta llegar á la eterna bienaventuranza.

Y así marcharán los hombres en verdad y justicia en todo, porque la Religión manda al hombre aprender y cumplir todos sus deberes morales, que son, además de sus deberes para con Dios, sus deberes para consigo mismo y para con sus semejantes. Y por lo tanto sus deberes como padres, como esposos, como hijos, como ciudadanos, como vivientes en la sociedad humana.

Porque la Moral, que nos enseña y nos ordena el bien obrar en el ejercicio de nuestras facultades y de nuestras relaciones, es la hija predilecta de la Religión, pues de ella brota como agua de Salud de fuente de vida

*
* *

A la escuela católica, querido obrero; á la escuela católica á instruirte en todos tus deberes religiosos y morales, y en todos cuantos mandatos y consejos de ellos se derivan. Eres y somos todos operarios. ¿Tenemos que estudiar ciencias sean morales ó sean físicas?—Pues hay que estudiarlas, buscando siempre en ellas el verdadero principio, que está en Dios; y hay que hacer la aplicación de esas ciencias del modo y manera conformes al fin, para que Dios las ordenó.

¿Es nuestro empleo el trabajo manual?—Pues hay que buscar las reglas para el mismo en el verdadero principio del arte, que está en Dios, Hacedor de la creación entera, y hay que emplear todas, y cada una de las cosas, bien sean primeras materias ó bien sean productos del trabajo, en los fines para que Dios las creó.

Y siempre y en todo, y por todos, se ha de proceder por las reglas que prescribe la moral, porque aunque las llamen en casos leyes económicas, se han de ajustar siempre á las leyes morales, para ordenar debida y equitativamente las producciones por los rendimientos y por los salarios, según corresponda; para que no resulten defraudados ni propiedades, ni capitales, ni trabajos de ninguno de cuantos intervengan en la producción; y por fin para marchar todos acordes en el movimiento católico social, cuyo objetivo ó fin es la gloria de Dios; la salvación de las almas; la paz y el bienestar, en justicia y caridad, en el orden espiritual y en el orden temporal, de los individuos y de la sociedad humana.

A la escuela católica, querido obrero, que en esa escuela puedes muy bien aprender todo cuanto para conseguir todo esto necesitas.

Pero—quizás digas—¿En mi pueblo, que es tan pequeño, se pueden proporcionar tan excelentes medios?

—Sí, hombre, si; y muy fácilmente. En tu pueblo, si no todos, la inmensa mayoría de los vecinos serán católicos, y sabrán los deberes sociales de proporcionar sanas y adecuadas instrucción y educación, á quienes por sí mismos no tienen medios ó recursos para adquirirlas; y como dichos vecinos no han de querer faltar á sus deberes, cuenta que tendrás escuela católica abierta en tu pueblo.

En tu pueblo hay Cura párroco, y cuenta segurísimo que tendrá muy gran celo y complacencia en que se organice muy pronto y bien esa escuela; y por lo tanto puedes ya contar abierta esa escuela católica de adultos en excelentes condiciones.

Vete pues, querido obrero, vete á esa escuela católica de adultos, en la que con caridad encantadora te enseñarán á ser sabio; sí sabio para tus necesidades, porque te enseñarán á leer y á entender lo que leas; y una vez que lo consigas, que lo conseguirás

pronto, ya tienes para siempre maestros constantes, que nunca se incomodarán, ni se cansarán de contestarte; esos maestros son los buenos libros. Y aprenderás ese interesante y provechoso lenguaje, que comunica y perpetúa nuestros pensamientos á través de distancias y tiempos, sin auxilio ajeno, que se entere de tus asuntos reservados; aprenderás á escribir y contar, y así podrás atender con más facilidad y prontitud al gobierno de tu casa é intereses.

En esas escuelas aprenderás también á enriquecerte, pero no con riquezas mundanales que lleven á la avaricia ó á la disipación, sino con esas riquezas, hijas del trabajo bien ordenado y de la economía bien entendida, que se hermanan admirablemente con la virtud regia de la caridad, que atienden con santo celo á la gloria de Dios, al provecho del prójimo, y al cuidado y providencia de la casa y familia.

Por fin, querido obrero, en esas escuelas católicas aprenderás más, muchísimo más, aprenderás á cumplir siempre, en todo y bien, todos los deberes, y como necesaria consecuencia de ello aprenderás lo que con tan grandísimo anhelo desea el pobre corazón humano, aprenderás á ser feliz, á descubrir esa hermosa fuente de felicidad, que está siempre brotando en el alma verdaderamente cristiana; en el alma, que vive abrazada con su entendimiento á la verdad, y con su voluntad al bien; y el alma, que vive abrazada á la verdad y al bien, vive en su propio elemento, mejor que el pez en el agua y el ave en los aires.

Porque á esa alma, que conoce á Dios y amorosa lo adora, y que conoce las órdenes Divinas y dócil las cumple, Dios, infinitamente bondadoso, le regalará el don de que en ella brote la fuente de la Caridad, manantial inagotable de la felicidad verdadera, que es gracia y alegría; y así esa alma vivirá en la mayor felicidad posible; felicidad tan hermosa y tan inefable como que es la propia de un ser criado por Dios á su imagen y semejanza.

A la escuela católica, querido obrero, que en la escuela católica irás llenando tu alma de sábias enseñanzas y de sanas provisiones para ir caminando recto y seguro por el destierro de esta vida hácia la patria celestial.

XI

Pero cuídate bien, querido obrero en tu camino, porque ¡corren unos tiempos tan malos y alborotados! Las tormentas de soberbia y de perversión demoniacas se ciernen furiosas á cada momento sobre nuestras cabezas. Truenan blasfemias, llueven injurias contra Dios, contra su Iglesia, contra la moral, contra el derecho. Las potestades seculares de la tierra, que deberían conjurar esas

malditas é infernales tormentas, no amparan, cual debieran, con sus defensas las fortalezas del santuario y de los fundamentos sociales; y amparan con todo empeño los escabeles de potestades civiles ¡insensatez! caerán entre escombros.

¡Hay tanta ignorancia, tanto error! Tienen los mundanos tan cegados los ojos del alma, que no ven á Dios que se muestra á la luz de los cielos en las tan admirables grandezas y armonías de la creación entera.

Hay tanto vicio y tanta corrupción en el mundo, que las corrientes mundanas son fango y cieno en que los mundanos, arrojándose en ellas con insensata y repugnante degradación, se hundan ¡miserables! como en la más innoble y abyecta de las tumbas.

Hay tan satánica envidia en este mundo, que al verte querido obrero, marchando tan bien preparado, y tan resuelto y tan contento por tu camino hacia adelante, siguiendo la senda de la perfección, y hacia arriba para llegar á la patria celestial, te saldrán al encuentro los hijos de las tinieblas, y entre ellos los aviesos del diablazo *de la mala prensa*, y con sus mentiras y añagazas, con sus hipocresías y cinismos, con alhagos y amenazas se esforzarán no sólo para detener tus buenos pasos, sino para que con malos pasos vuelvas hacia atrás, abandonando tu avance en la perfección cristiana, y para que retrocedas hasta el paganismo más brutal y corrompido ó hasta el racionalismo más orgulloso y perturbador, que esclavizan con las viles cadenas de los errores más absurdos y maléficos, y con la espantosa tiranía de las pasiones desenfrenadas: con la soberbia, con la brutalidad.

Y se esforzarán pretendiendo torcer tu marcha hacia arriba, hacia la patria celestial, con funestísimo descenso hasta caer más abajo que los establos de las pobres bestias; porque éstas, cumplido su fin con las leyes del instinto en la tierra, á la tierra entregarán sin remordimientos sus despojos; pero el malvado que pervirtiendo su inteligencia y desenfrenando su voluntad se lanza por el camino opuesto á los cielos, al fin, dejando á podrirse su cuerpo con todas las vanidades y pompas mundanales en yerta fosa, caerá su alma bramando desesperada con su condenación eterna en los espantosos abismos de los infiernos, en donde será el llorar sin consuelo y el crujir de dientes.

No les temas, querido obrero, no les temas ni hagas alto en tu camino hacia adelante y hacia arriba.

No les temas, porque tus armas son invencibles; te ampara la cruz de Cristo; y esa cruz venció, vence y vencerá siempre á todos sus enemigos; te amparan tus derechos, que de la cruz nacen, y que no se tuercen porque tienen la fortaleza de la Cruz; te ani-

man heroicamente tus deberes, que la Cruz te los dicta, y con ellos te dará fuerzas invencibles para cumplirlos.

Adelante y hacia arriba, querido obrero, en tu buen camino; y cuando te ataquen esos satánicos enemigos, grítales con decidida y valiente resolución: ¡atrás, malditos! yo he de seguir mi buen camino, aunque os conjuréis todos contra mi paso; yo he de seguir hacia adelante y hacia arriba ó vivo ó muerto, porque yo he de ir á mi último fin, que es Dios; sí, á Dios cuya existencia veo con más claridad que la luz, porque si no hubiera Dios no habria luz; y he de ir por los caminos que en nombre de Dios me enseña su Santa Iglesia Católica, á la que veo, más claro que la luz con los ojos porque lo veo con la evidencia en el alma, que Dios Supremo Señor nuestro, la dotó de autoridad y ciencia divinas para adoctrinarnos y regirnos; porque Dios, que á *Buen Pastor* nadie le iguala, no había de dejarnos por las peñas y barrancos de este mundo como ovejas sin cencerro y descarriadas.

Y pasarás, buen obrero; y terminarás alegre y dichoso tu camino hacia adelante y hacia arriba, hacia la patria celestial, hacia esa patria de eterna bienaventuranza, que bien sabes que vale muchísimo más, incomparablemente más, que todas las riquezas, placeres y honores del mundo, que por grandes que sean, vienen á podrirse en un miserable puñado de tierra, en la sepultura.

Y cuanto más recios y duros sean los ataques de los enemigos, más felices satisfacción y premio te proporcionarán; porque no lo dudes, si luchas con resolución decidida bajo la bandera de Cristo, triunfarás, porque la bandera de Cristo es invencible; triunfarás sin duda, y tu gloria será tanto mayor cuanto más trabajoso haya sido tu triunfo; así nos lo dicen los anhelos y los afanes de dicha eterna que Dios sembró en nuestras almas; y Dios, que es infinitamente sabio y bueno, los sembró para que pudiesen alcanzar la felicidad inmensa é infinita á que aspiran.

Y esos afanes y anhelos de dicha eterna, que Dios sembró en nuestro corazón, están confirmados y garantidos por la palabra divina, que no puede faltar, porque es infalible y eterna; sí, están así confirmados y garantidos porque Jesucristo dice: *Al que venciere, (al mundo, demonio y carne) le haré sentar conmigo en mi trono: así como yo fuí vencedor, y me senté con mi Padre en su trono.* (Apoc. Cap. III v. 21.)

¡Oh inefable asombro de divino amor y de gracia divina!

Ni la promesa puede ser más segura, ni el premio puede ser más grandioso

.

Queridos obreros, resolución sincera, firme constancia, y.... ¡a la Escuela católica de adultos!

A la escuela católica; que esa escuela es escuela de Cristo; y Cristo es la *Vida*, que nos da gracia, y la *Verdad*, que nos instruye, y la *Luz*, que nos alumbra, y el *Camino*, que nos dirige para llegar á conseguir la bienandanza posible en nuestro destierro en este valle de espinas y de lágrimas, y la eterna bienaventuranza, la felicidad inacabable, en la patria celestial: en los Cielos.



El alumna Luis



I

Peregrino es el romper
de aquella hermosa mañana
al esconderse la luna
porque viene la alborada;
cuando la aurora sonrie,
y con sus fúlgidas ráfagas,
de las sombras de la noche
el manto oscuro desgarrá

.

Al resplandor, que destellan
arboles de oro y grana,
y al través del tul, que extienden
nubecillas que allí vagan,
en agraciados perfiles
se dibujan y destacan
un templo y su hermosa torre
y en derredor muchas casas.

Y ese grupo encantador
del templo y de las moradas,
es un pueblecito hermoso
de nuestra hermosa Navarra.

Tiene el pueblo por vergel
su rica vega cercana,
junto al río caudaloso
que con sus ondas la baña.

.

¡Oh arrobadores momentos!
por doquier natura canta
en misteriosa armonía
las glorias más encumbradas.



Las canoras avecillas
con sus canciones galanas,
el susurrar melodioso
de la escondida fontana,
y el ruido de los laureles
al mecerse entre las auras.

Las flores, que el campo cubren
de matices y guirnaldas,
y que á los valles alegran
y á los vientos embalsaman;
y á las perlas del aljófar,
que al amanecer derrama,
y que rielando se prenden
en las hojas de las plantas.

Tierra y mares ostentando
todas sus joyas y galas,
y entre el azul de los cielos
los astros de la mañana,
de Dios la gloria publican
de Dios el poder ensalzan,
y de la Madre de Dios
pregonando están las gracias.

¿Quién llamará á los mortales
al gran concierto del alba?
los ecos del nuncio angélico
de misterios y alabanzas;
oíd, las *Ave Marias*
tocando está la campana.

II

Cual si responder quisiera
á esa tan dulce llamada,

al punto se abre la puerta
de una modestita casa,
que en la salida del pueblo
hacia el río se adelanta.

Se abrió la puerta, y á luego
una mujer enlutada,
de porte aseado y modesto,
y de sencillez simpática,
con el rosario en la mano
con su mantilla velada,
sale, se espera y santigua;
es la viuda Señora Ana.

Detrás de ella sale su hijo,
jóven de esbeltez gallarda,
viste el traje de hortelano
blusa azul y negra faja,
lleva en el hombro la alforja
sobre la alforja la azada.

También se santigua Luis
(el jóven así se llama);
cierra la madre la puerta,
y al tiempo que ambos se marchan,
así se despiden ambos
con la voz y la mirada;
—Adios, madre, hasta la noche.
—Dios te guarde, hijo del alma.

.

Y se vá la buena madre
al templo, y allí postrada,
mientras asiste devota,
á la Misa sacrosanta,
para su difunto esposo
ruega que santa gloria haya;
para su hijo pide al Cielo
virtudes y bienandanza;
y ruega á Dios le bendiga
sus ~~padres~~ hacienda y casa.

Y dirigiéndose á Dios,
así su oración acaba:
«antes que mi hijo os ofenda
lo vea muerto á mis plantas;
muera yo antes que perder
la vida de vuestra gracia.»

↓
Confortada con la fé,
y con la dulce esperanza
consolada, se retira
á su hogar la piadosa Ana.
Y en su casa está afanosa,
y ella gozosa trabaja;
que en la oración y el trabajo
halla la mujer cristiana
virtudes que fortalecen,
y consuelo en las desgracias.

III

Y Luis á dónde se fué?
se fué á la vega cercana,
y entrando en una heredad
en que está dando una cava,
adereza sus aperos
y á trabajar se prepara.

Se santigua, y empuñando
su fina y luciente azada,
con el afan venturoso,
y tan bienhechor, que causa
el cumplir la ley de Dios
que dice al hombre: «trabaja»,
Luis busca la producción
de la tierra en las entrañas.

Y al buscarla, Luis no busca
trás la producción la holganza,
y trás la holganza deleites,
que envilecen, que degradan,
es su aspiración muy noble,
muy resuelta y muy honrada,
pues ama Luis el trabajo
cual buen guerrero sus armas.

En su lucha con la tierra,
lucha por Dios intimada
al hombre en justo castigo
de su primitiva falta,
Luis busca en la producción
el triunfo de su campaña.
Triunfo, que al hombre ennoblece
lo dignifica y afama;
triunfo, que al hombre sustenta

↑

dándole vida ordenada,
al darle pan amasado
con el sudor de su cara.

Por eso Luis animoso
la tierra tan dura ablanda
con el sudor que gotea
su hermosa frente inclinada.

Y esas gotas de sudor,
aunque el mundo las halaga,
no son gotas que se pierden
en las corrientes mundanas;
gotas son de rica esencia
que de la obediencia mana,
y de ellas, cuando humedecen
la tierra, que el buen Luis cava,
brotan benditos vapores,
que el Santo Angel de la Guarda
hasta los Cielos eleva
con el batir de sus alas.
Y los Cielos los acogen
cual de virtud vivas ráfagas,
cual del corazón incienso,
como prenda tan preciada
de un alma, que reverente
las leyes de Dios acata.

IV

Tiernos son los pensamientos
que en la mente de Luis vagan,

Se acuerda de su buen padre
que cuando á su lado estaba
le repetía: «hijo mío,
sé siempre bueno y trabaja.»

Y de su padre al recuerdo
brotan nacidas del alma,
ferviente oración sus labios
y sus ojos tristes lágrimas.

Después Luis piensa en su madre
pensamiento que le inflama
el corazón de cariño,
cariño que le entusiasma.

Y de su madre la dicha,
dicha que con vivas ansias

procura con sus virtudes
de amor filial perfumadas,
muy devoto Luis confía
en que siempre ha de ampararla
la Virgen de las Angustias
á quién su alma ofrece esclava.

Por fin Luis piensa en.... María,
aquella hermosa hortelana
de encantadoras virtudes
y de angelicales gracias;
célicas dotes que Luis
tiene en su pecho grabadas.

Y ruega á Dios que á María
conservé inocente y cándida,
más que las flores que crecen
en la selva solitaria.

.

Mientras tan tierno pensar
en su labor Luis avanza;
y cuando llega el momento
en que se fatiga y cansa
¡Noble postura es la suya!
en tierra envueltas sus plantas,
en la rústica herramienta
sus dos manos apoyadas,
alza su cuerpo y su frente
y al Cielo alza la mirada;
y en su mirada serena
diciendo está su esperanza:
si es tierra este pobre cuerpo,
del alma el Cielo es la patria.

V

Cuando toma nuestro Luis
su comida meridiana,
siempre procura tener
el postre que más le agrade,
que es leer alguna hojita
de la *Buena Propaganda*.

Y trás descanso ligero
vuelve á empuñar Luis la azada,
y animoso, como siempre,

vá trabajando en su cava.

.

Así vá pasando el día,
todo el día así lo pasa,
en su labor afanoso
cual buen cristiano se afana.

Por fin, cuando el sol cayendo
por detras del monte baja,
sus aperos Luis recoge,
y satisfecho en el alma
de haber cumplido cual bueno
emprende su vuelta á casa.

Cuantos encuentran á Luis
¡con cuánto cariño le hablan!
¿cómo no? Como es virtuoso,
es su presencia simpática.

Todos le dirigen frases
de atención cortés y grata.

Uno le saluda y dice:
—Bien haya que Dios derrama
su bendición en tus frutos.
—Buenos están á Dios gracias—

Otro alaba la destreza
de nuestro buen Luis, y exclama:
—Es el mejor hortelano
que hay en toda la comarca.

—Mayores que su destreza
tiene Luis virtudes tantas,
que en Luis tiene un buen modelo
nuestra juventud navarra—
dice un labrador anciano
con su voz autorizada.

—¡Oh! Si fueran como Luis
todos los hombres, holgaran
las cárceles y verdugos,
que el bien obrar no cesara—
todos dicen, al oír
del anciano las palabras,
y se complacen contando
de Luis la tan justa fama.

.

Solo á Luis le mortifica
el escuchar su alabanza,

↓
y despidiéndose afable,
por una senda apartada
vá á cruzar el corto espacio
que del pueblo le separa.

Antes de entrar en el pueblo
feliz encuentro le aguarda;
y es, que llega de la fuente
la angelical hortelana.

VI

—María ¿tú por aquí?

Vamos, tú siempre atareada.

—Pues ya ves, muy poca cosa,
llevando un cántaro de agua.

Vendrás muy cansado, Luis;
¡Dicen que tanto trabajas!

—aunque cansado viniera
al oírte descansara,
que es tu voz de son celeste,
que arroba en celeste calma.

—Vaya Luis que estás galante.

—Quien bien te quiere, bien te habla.

Voy á contarte, Maria,
mi penilla cotidiana.

Quando estoy solo en el campo
y tu recuerdo me asalta,
pienso en si estarás solita;
y una pregunta apenada
llega á mis labios, y digo:
¡Si estará llorando en casa!

Su padre estará en la huerta;
de su frente no se aparta
el recuerdo de su madre.....

¡Quién pudiera consolarla!

—Por eso, Luis, no te apenes,
que estoy siempre acompañada
de quien endulza las penas
aunque sean muy amargas.

—¿Acompañada?—De un jóven
más hermoso que la infancia.

—¿De un jóven?... ¿y me lo dices?...

¿No te apena mi desgracia?



¿No ves que rasgas mi pecho?
¡Me estás hiriendo en el alma!
¡Tú cruel!... ¡Quien lo creyera!...
¡Tú desleal!... y ¡Tú ingrata!...
¡Dime pronto quién es él
para...! ¿Que digo?... ¡No!... ¡basta!
¡Por siempre seais felices!

Y si la angustia me mata.....

María, reza por mí.....

—Pero Luis,... ¿no ves mis lágrimas?

¿No ves mi respuesta en ellas?.....

¡Ay Luis.... por qué me maltratas!...

—¿Que dices, María?... pronto....

alivia mi pena..... acaba.....

—Mi madre, ya moribunda,

en sus manos casi heladas

las mias cogió, y me dijo

con la voz entrecortada:

«¡hija mía, yo me muero.....!

más que sí yo no faltara

te valga acaso el recuerdo

de mis últimas palabras.....

No quedas sola en el mundo,

que Dios nunca desampara;

nunca olvides que á tu lado

siempre un ángel te acompaña.»

¿Ya comprendes ahora, Luis,

de qué joven yo te hablaba?

¡Nunca olvido que á mi lado

está el angel de mi guarda!

—¡Perdón, María, perdón!

¡Por piedad, María, calma

con tu perdón mi conciencia

que grita contra mi falta!

¡Yo dudar de tí, María!

¡De tí, que eres una santa!

¡Soy un miserable! indigno

aun de mirarte á la cara.

—Si á un impío que me hiriese

con la más horrible infamia,

aunque odiase mi perdón

de corazón perdonara,

¿No he de perdonarte á tí

que eres tan bueno y me amas?

Mira, Luis, para que evites

esas ligeras palabras,

evita las ligerezas

al juzgar honras y fama.

—María, ¡Cuánto bien siento!

pues sintiendo estoy cual cambia

la amargura de mi pena

al dulzor de tus palabras.

¿Seré tan feliz, María,

que siempre siga en tu gracia?

Sabes tienen nuestros padres

nuestra boda concertada.

—Adios, Luis.... Seré tu esposa

si á un claustro Dios no me llama

—¡Bendita seas, María!

¡Que Dios premie tu bella alma!

.

Y en ternura candorosa

sus almas yendo inundadas,

vuelve á su casa María

y á su casa Luis se marcha.

.

VII

Llega nuestro Luis, se asea,

y después de saludarla,

cuenta á su madre el estado

de los frutos y la cava.

Y están departiendo así

mientras la cena prepara

la buena madre, que á luego

de entrar su buen hijo en casa

conoció que algún pesar

el corazón le inquietaba.

—¿Cómo es Luis que estás sufriendo?

y que á mí no te declaras?

(le dice la buena madre)

¿No tienes en mí confianza?

—Madre, sufría callando,

por no querer disgustarla.....

Há poco, hablando á María,

de su llanto he sido causa—



Y siguió narrando Luis
cuanto á María le hablara.
—Hijo mío piensa bien
de las honras y las famas,
y así no dirán tus labios
frases que los labios manchan.

Y para que nunca más
en esa falta recaigas,
nunca olvides este ejemplo
que en tu padre presenciara.

Eramos ambos solteros
y estando solos me hablaba,
más luego que él advirtió
que estaba yo disgustada,
porque aun cuando no perdiese
mi recato, no me honraba
el que, si bien con decoro,
estando solos me hablara,
dijo, y cumplió desde luego,
no hablarme si sola estaba.

Esto oyó Luis, y al momento
con voz conmovida exclama:
—Prometo que he de cumplir
cual mi padre esa palabra,—

Al poco rato después
de tomar su cena parca,
dice Luis:—Madre, ya suena
en la escuela la campana.
—Sí, hijo mío, vé á instruirte
en las escuelas cristianas,
que en tan buen hora se abrieron
para bien de vuestras almas.
—Madre, adios; no me olvideis
en vuestras santas plegarias.
—Que bendiga Dios del Cielo
al hijo de mis entrañas.

VIII

Y á la escuela se vá Luis,
y en la escuela su constancia,
su aplicación al estudio
y su atención esmerada

le adquieren muy gran tesoro
de bienhechora enseñanza,
para su propio gobierno
y el gobierno de su casa;
para ser hombre completo
cual su condición demanda.

Así desgarrando velos
de la mísera ignorancia,
vá admirando más y más
el valor sin fin de su alma,
de esa alma, que es de Dios mismo
imagen y semejanza,

Su mente sigue anhelosa
la verdad que libra y guarda
de los grillos del error,
del mentir de la falacia;
y su voluntad sincera
siempre se rinde y se abraza
á la ley encantadora
de la bondad soberana.

Y así adelanta en vivir
en todo vida ordenada;
que la ciencia de la vida
está en la ciencia cristiana.

¡Benditos los que difunden
tan bienhechora enseñanza!

Pueblos todos, abrid luego
esas escuelas cristianas,
que con rasgos indelebles
así escriben y así graban
en el corazón del jóven
tan bellas y sabias máximas.

Esas máximas que ilustran,
que descubren, que señalan
en el viaje de la vida
horizontes de bonanza,
de dó envían dulces rayos,
que la Caridad inflama,
de ánimo y valor la Fé
de consuelo la Esperanza.

Y esos rayos bienhechores

al par que inundan el alma,
en luz del faro celeste
de dicha y de bienandanza,
iluminan los caminos
de la actividad humana,
para bien llegar al fin
que sus deberes le trazan.

Y á su luz descubre el sabio
principios, leyes y máximas,
y el capital vuela á donde
su empleo mejor lo llama,
y el obrero aleccionado
con pericia y fé trabaja.

Y así las humanas fuerzas,
que deber y amor enlazan,
por la Caridad gigantes
perennes por la constancia,
de la excelsa Providencia
misioneras y operarias,
velando están sin reposo
por la subsistencia humana.

IX

Juventud mantenedora
de nuestras glorias navarras,
no malogres los afanes
que estos centros te consagran.

¿Quién cruza los anchos mares
sin la brújula inmantada?

¿Y quién los cerrados bosques
sin guía ni luz trapasa?

¿Quién recoge si no siembra?

¿Quién sabe sin enseñanza?

¿Cómo obrará quién no sabe
si la acción es buena ó mala?

Juventud mantenedora
de nuestras glorias navarras
¿Como mantener las glorias
si te fueran ignoradas?

Pobre jóven, que quizás
tienes el alma extraviada,
porque la llevas á oscuras
porque entre tinieblas andas.

Pobre jóven ¿no te arredra
que se hunda al abismo tu alma
si camina con mal rumbo,
porque la tienes cegada?

¿Quién abogará por tí?

¿Quién excusará tu falta,
si ignoras porque tu quieres,
si es culpable tu ignorancia?

Por Dios, por tí, vete pronto
á esas escuelas cristianas,
que están penando impacientes
porque en llegar tanto tardas.

¡Ah!.. que ya fuiste.. y te aplicas..
y ya aprendes... ya adelantas...
ya has llegado á gran altura
(¡qué venturosa mudanza!)
en muy cumplida instrucción
y en educación muy sana.

Juventud mantenedora
de nuestras glorias navarras,
demuéstrale al mundo entero
la gran gloria de tu raza:

«*Que vivir quiere y morir
Por la Cruz adoctrinada.*»

Y cuando el mundo te vea
tan resuelta y tan bizarra,
con instrucción tan cumplida,
con educación tan sana,
te preguntará asombrado
—¿De donde eres?

—De Navarra.—

—¡Benditos los nobles hijos
De tan noble madre patria!

¡Benditos los que difunden
tan bienhechora enseñanza!

X

Juventud, que en tí esperando
honra y gloria está Navarra,
no malogres los afanes
que estos centros te consagran.

Noble y franco abre tu seno
al grano, que en tí derraman,
para que honores y glorias
rindas sin cuenta y sin tasa.

Nunca olvides ni abandones
esas Escuelas Cristianas,
que siempre te están brindando
tan bienhechora enseñanza.

Hónralas, como enaltecen
los buenos hijos su casa,
siendo una prueba arrogante
de su espléndida eficacia.

Mira, mira como alumbran,

cual del alto Cielo lámparas,
irradiando luz de ciencias
que de la Verdad emanan.

Oye, oye cual te gritan,
como madre enamorada,
con acendrada ternura
sin cesar estas palabras:

«No dejéis, hijos, la senda
que la ciencia del Bien traza;
seguidla, y encontraréis
en este valle de lágrimas
el tan ansiado tesoro:
la paz dichosa del alma,
así rujan las tormentas
bien sonría la bonanza;
que el camino de la vida
los buenos así la pasan,
felices llegando al Cielo
al concluir la jornada.»

